

PLAN DIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

PRIMER ANUNCIO Y ACOGIDA
(2023-2025)

La Evangelización

Pedro Luis Vives Pérez

CUADERNOS DE FORMACIÓN / 2
Diócesis de Orihuela-Alicante



PLAN DIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

PRIMER ANUNCIO Y ACOGIDA
(2023-2025)

La Evangelización

Pedro Luis Vives Pérez
Delegado diocesano de formación permanente

CUADERNOS DE FORMACIÓN / **2**
Diócesis de Orihuela-Alicante





Evangelizar: Misión e identidad de la Iglesia

P. 07

La vocación misionera de la Iglesia **P. 07**

Las grandes «oleadas» evangelizadoras de la Iglesia **P. 09**

La llamada a una «nueva evangelización» **P. 14**

La finalidad y los destinatarios de la nueva evangelización **P. 20**

Una «nueva etapa evangelizadora» de la Iglesia **P. 21**



El «Evangelio» como mensaje de Jesús

P. 27

El mensaje profético del Antiguo Testamento **P. 27**

El Evangelio de Jesucristo **P. 29**

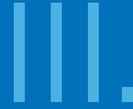
La evangelización como misión de los discípulos de Jesús **P. 33**

El Evangelio como fuente de vida y de gracia **P. 34**

El evangelio en la tradición viva **P. 37**

A modo de recapitulación: el mensaje bíblico de la evangelización **P. 39**

Una meditación sobre el significado de la evangelización (Benedicto XVI) **P. 41**



La evangelización como respuesta a la cultura actual

P. 19

Un escenario cultural de fondo: el secularismo **P. 53**

El oscurecimiento de la cuestión de Dios **P. 57**

La desorientación del hombre **P. 59**

IV.

Las tareas de la evangelización

P. 19

La importancia de la liturgia **P. 66**

La importancia de la catequesis **P. 68**

La importancia de la homilía **P. 71**

La importancia de la caridad **P. 73**

V.

Los agentes de la evangelización

P. 19

Un solo presbiterio **P. 80**

Las personas consagradas **P. 81**

Los laicos **P. 82**

contenido



Evangelizar: Misión e identidad de la Iglesia

Evangelizar: Misión e identidad de la Iglesia

El concepto de «evangelización» es muy usual en la reflexión pastoral de la Iglesia hoy. Se utiliza con mucha frecuencia, pero no siempre con el rigor que se desearía. La mejor vía para conocer el significado del concepto de evangelización es asomarnos a la historia del mismo, sobre todo en el Magisterio reciente de los Pontífices. Esta lectura histórica puede ofrecer la clave de comprensión al mismo concepto. La misma comprensión del concepto ayudará a conocer mejor la Iglesia. La evangelización constituye no sólo la misión y tarea de la Iglesia, sino su misma identidad: ella existe para evangelizar.

La vocación misionera de la Iglesia

La Iglesia ha evangelizado siempre. «La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). En estos versículos se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y a todas partes, de manera que la fe en Él se difunda en cada rincón de la tierra» (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 19).

En virtud de este mandato del Resucitado, la Iglesia es misionera desde su origen. La Iglesia puede ser contemplada desde distintos ángulos y, por tanto, ofrecer

definiciones diversas. Dada la riqueza que encierra, no es de extrañar que se dé tal pluralidad conceptual sobre ella. Concretamente, el Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia, recoge distintas expresiones e imágenes para expresar la naturaleza de la misma (cf. *Lumen gentium* 5-8). A todas esas imágenes, el Concilio añade una definición que va a encontrar un profundo eco en el desarrollo posterior de la eclesio-logía (estudio teológico de la Iglesia). El Concilio Vaticano II expresó que «la Iglesia ... es por naturaleza misionera» (Decreto *Ad gentes* 2).

La primera explicación que se dio a esta propiedad de la Iglesia la desarrollará diez años después del Concilio, el Papa san Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), que es la fuente que da el verdadero significado a la evangelización. Dicha exhortación es considerada, como decía San Juan Pablo II, como la «Carta Magna de la evangelización». Pues bien, allí dice: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección gloriosa» (San Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 14).

Tal explicación, breve en su formulación, hace una síntesis teológica de la identidad de la Iglesia, recurriendo a la misión que tiene en el mundo. La razón de ser de la Iglesia se define, pues, por su vocación y misión de evangelizar, que es la que define en su identidad: «Ella existe para evangelizar». La evangelización, pues, es la nota distintiva de la Iglesia de forma que toda actividad eclesial (litúrgica, caritativa, docente), es por naturaleza evangelizadora. De ahí que la ecle-

sialidad de cualquier actividad apostólica quedará reconocida como tal si conlleva un perfil evangelizador. Eclesialidad y evangelización se interrelacionan ontológicamente. La Iglesia se define evangelizando y la evangelización construye la Iglesia.

Esta conexión entre Iglesia y evangelización se descubre mejor visitando la historia de la evangelización. Para comprender el significado del término «evangelización» es preciso adentrarnos en su contexto histórico, conocer las grandes oleadas de la evangelización, desde los orígenes hasta hoy. De ese modo, se comprende el alcance que la evangelización tiene en el momento actual de la Iglesia, hasta el punto de iluminar su identidad real.

Las grandes «oleadas» evangelizadoras de la Iglesia

La Iglesia siempre ha mantenido vivo el mandato misionero de Jesús Resucitado de anunciar su Evangelio en todo el mundo. Hay, sin embargo, momentos de la historia que requieren un renovado entusiasmo en esta misión. San Juan Pablo II, en su libro-entrevista con el periodista Vittorio Mesori, titulado *Cruzando el umbral de la esperanza* (1994), dedica un capítulo al desafío de la «nueva» evangelización¹. Para llegar a comprender la urgencia de evangelizar en el momento actual, el Papa recorre, de forma breve, una «historia de la evangelización» de la Iglesia, «una historia —dice— que se ha desarrollado en el encuentro con la cultura de cada época». (121). De esa manera llega a reconocer tres grandes «oleadas» de evangelización en la historia de la Iglesia.

¹ Cf. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes, Barcelona 1994, 119-128.

a) La primera sucede con la evangelización de Europa, cuyos comienzos los sitúa sugestivamente Juan Pablo II, recordando el episodio de *Hechos de los apóstoles* 16,9-10. Pablo tuvo una visión de noche en que un macedonio (griego) de pie le pedía: pasa a Macedonia y ayúdanos. Se trataba del primer «salto» de la evangelización (desde Troáde a Europa). «Entonces tuvo inicio la primera evangelización de Europa», comenta el Papa (119). El evangelio fue así llevado fuera del estrecho ámbito de Jerusalén y de Palestina, y empezó su carrera hasta los alejados confines del mundo entonces.

La evangelización durante este período fue muy fructífera. Iniciada por los mismos apóstoles, puso los fundamentos para la construcción del edificio espiritual de la Iglesia, convirtiéndose en germen y, en cierto sentido, en modelo válido para cualquier época. Sobre la huella de los apóstoles, sus discípulos continuaron la obra en la segunda y en la tercera generación. Fue una obra heroica, sellada por la sangre de tantos mártires que conoció desde su inicio la Iglesia (san Ignacio de Antioquía, san Policarpo).

La obra evangelizadora no fue sólo una obra de enseñanza, el primer anuncio de la fe (kérygma) y de instrucción (didascalía), de formación en la fe (catequesis), sino también de un vasto esfuerzo de reflexión sobre la verdad revelada (teología), que se ha expresado en la obra de los Padres de la Iglesia (tanto de Oriente como de Occidente), que tuvieron que confrontar esta verdad con la aparición de los primeros errores y herejías nacientes. La evangelización se hizo por ello también como respuesta a estas polémicas que dieron lugar a diversos concilios. Observa el Papa Juan Pablo II que si durante estos primeros siglos, no se hubiese tenido el encuentro con el mundo helénico

(griego), habría bastado con el Concilio de Jerusalén, que celebraron los mismos apóstoles hacia el año 50 (cf. Hechos de los Apóstoles 15). Sin embargo, los sucesivos concilios ecuménicos surgieron de la necesidad de expresar la verdad de la fe revelada en un lenguaje comunicativo y convincente con los hombres de mentalidad helénica. Hay que reconocer, por tanto, a los Padres de la Iglesia de este período una labor fundamental en la evangelización del mundo, con su labor de interpretación, traducción y reflexión del mensaje evangélico a las nuevas culturas. Esta labor suponía que, a medida que el mundo conocido se engrandecía, también la Iglesia afrontaba nuevas tareas de evangelización.

De modo que, concluye el Papa, el primer milenio supuso un encuentro con muchos pueblos que, en sus migraciones, llegaban a los centros del cristianismo, acogiendo la fe apostólica. Así sucedió con la misión de los dos hermanos provenientes de Tesalónica, los santos Cirilo y san Metodio, apóstoles de los pueblos eslavos, durante el siglo IX. Se trata de una época de unidad de la Iglesia, antes del cisma oriental, que escindió la Iglesia en dos mitades y en dos mundos, el occidental, bajo la influencia de Roma, y el oriental, bajo la influencia de Constantinopla, que siempre aspiró a ser la nueva capital del Imperio.

b) La segunda oleada sucede, a fines del siglo xv, sobre todo desde España y Portugal, con el descubrimiento de nuevas regiones del mundo. «Con el descubrimiento de América (1492) se preparaba la obra de la evangelización de todo aquel continente, de norte a sur». Para el Papa Juan Pablo II, «esto es tanto más extraordinario cuanto que precisamente en aquel período, después del llamado cisma de Oriente en el siglo

XI, se estaba consumando la dramática escisión de Occidente. El gran esplendor medieval del papado quedaba ya atrás; la Reforma protestante tomaba cuerpo de modo imparable». A pesar de ello, el ímpetu misionero de la Iglesia no decae, más bien al contrario, se inflama aún más. «El afán misionero, que se manifestó más allá del océano con el descubrimiento del nuevo continente, no dejó de despertar además iniciativas eclesiales hacia el Oriente. El siglo XVI es también el siglo de san Francisco Javier, el cual, precisamente allí, en el Este, en la India y en Japón, buscó la meta de su actividad misionera».

c) No se puede olvidar, por tanto, ninguna etapa de la historia de la misión cristiana, ya que «la Iglesia entera se encuentra *in statu missionis* (en permanente estado de misión). Hoy también existe la necesidad de misión. La tercera oleada evangelizadora nos lleva así al momento presente. «La evangelización está unida al cambio generacional.» El papa reconoce que hoy en día existen muchas generaciones que se han alejado de Cristo y de la Iglesia. A pesar de estas pérdidas, «la Iglesia mira siempre hacia el futuro; sale, sin detenerse nunca, al encuentro de las nuevas generaciones. «¿Qué significa esto? Significa que Cristo es siempre joven. Significa que el Espíritu Santo obra incesantemente (...) la Iglesia, a pesar de las pérdidas que sufre, no cesa de mirar con esperanza hacia el futuro» (123).

San Juan Pablo II recuerda como a los diez años después del Concilio fue convocado el Sínodo de los Obispos para el tema de la evangelización. Su fruto fue la Exhortación apostólica de san Pablo VI *Evangelii nuntiandi* (el anuncio del Evangelio). Esa exhortación, puede decirse, «constituye la interpretación del magisterio conciliar sobre lo que es tarea esencial de la

Iglesia: “Ay de mí si no predicase el Evangelio!” (1 Cor 9,16)». Es decir, constituye la carta magna de la evangelización hoy en la Iglesia. En ese documento contempla la urgente necesidad que tiene el mundo contemporáneo del Evangelio. Urgente necesidad por dos razones: 1) bien porque el mundo parece alejarse del Evangelio, o 2) porque aún no ha llegado a ese mundo. «La primera hipótesis —el alejamiento del Evangelio— mira sobre todo al “Viejo Mundo”, especialmente a Europa; la segunda posibilidad mira al continente asiático, al Extremo Oriente y a África. Si a partir de la *Evangelii nuntiandi*, se repite la expresión nueva evangelización, eso es solamente en el sentido de los nuevos retos que el mundo contemporáneo plantea a la misión de la Iglesia».

Sin embargo, este concepto («Nueva Evangelización») no ha de interpretarse como una *restauración* del régimen de cristiandad anterior a la modernidad o un *proselitismo* que atente contra el pluralismo y la tolerancia moderna. La nueva evangelización no opone a la modernidad del mundo actual sino, al contrario, la orienta integrándola en la plenitud vital del Evangelio de Cristo. La nueva evangelización respeta la libertad religiosa del hombre, se propone en razón de su dignidad humana (cf. concilio Vaticano II, Decreto *Dignitatis humane*).

El Papa, al término de este capítulo, concluye afirmando la necesidad de una nueva oleada evangelizadora en la Iglesia, una oleada llamada «nueva evangelización». Dice

«Hoy se da, pues, la clara necesidad de una nueva evangelización. Existe la necesidad de un anuncio evangélico que se haga peregrino junto al hombre, que se ponga en camino con la joven generación. ¿Tal necesidad no es ya en sí misma un síntoma del año

2000, que se está acercando?» (128). Porque hay motivos para hablar de una nueva situación histórica y de una nueva época, podemos hablar también de una nueva evangelización. En su libro citado, *Cruzando el umbral de la esperanza*, el Papa san Juan Pablo II situó la llamada «nueva evangelización» como una oleada actual, que recuerda otras oleadas evangelizadoras que han tenido lugar a lo largo de la historia.

La llamada a una «nueva evangelización»

¿Cómo surgió esta expresión «nueva evangelización»? Y, sobre todo, ¿por qué surgió? ¿A qué responde? Recorrer la historia y el desarrollo de esta noción «nueva evangelización» es recorrer tanto como la historia reciente de la Iglesia, en general, y de las enseñanzas de sus últimos Pontífices, en particular². En efecto, desde el Papa San Juan Pablo II, todos los Papas no han dejado de convocar a la Iglesia entera a esta «nueva evangelización», si bien con acentos y perspectivas diversas. La Iglesia contemporánea lleva empeñada en esta tarea más de tres décadas y sigue considerándola horizonte fundamental, tan deseado como inalcanzado, de su misión pastoral.

a) Hoy en día se reconoce que la «nueva evangelización» tiene su punto de partida y su fundamento en el Concilio Ecuménico Vaticano II, que tuvo claramente una intención evangelizadora, como aparece en la Constitución Apostólica de Convocatoria «*Humanae salutis*» (1961). «Lo que se exige hoy de la Iglesia es que infunda en las venas de la humanidad actual

² Para recorrer la historia y el desarrollo de la expresión, cf. R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012; R. Blázquez, *Del Vaticano II a la nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2013, 70ss.

la virtud perenne, vital y divina del Evangelio» (2). El Concilio Vaticano II ha presentado una concepción de la Iglesia dinámica y misionera, ya que «la Iglesia peregrinante por su naturaleza es misionera» (*Ad Gentes* 2). «La nueva evangelización es la respuesta madura al concilio Vaticano II» (Rino Fisichella).

b) El término «nueva evangelización» aparece por primera vez, como si fuera un inciso, en el documento de Pueblo de 1979. Al concluir los trabajos de la asamblea que había visto reunidos a todos los obispos de Latinoamérica en la ciudad mexicana, aparece escrito en el texto final: «Situaciones nuevas que nacen de cambios socio-culturales y exigen una nueva evangelización: emigrantes de otros países; grandes conglomerados urbanos en el propio país; masas de todos los estratos sociales en precaria situación de fe; grupos expuestos a la influencia de las sectas y de ideologías que no respetan su identidad, confunden y provocan divisiones».

c) La primera vez que el Papa Juan Pablo II utilizó esta expresión, fue en Nowa Huta (Polonia) en 1979, en el santuario de la Santa Cruz de Mogila, durante las celebraciones del milenario de la evangelización en su Polonia natal³. Allí dijo textualmente el Papa:

³ Nowa Huta nos trae a la mente el proyecto comunista de construir todo un barrio moderno, justo a las puertas de Cracovia, donde debía hacerse evidente la fuerza de la ideología atea con la construcción del prototipo de la ciudad comunista. El proyecto ubicaba en el corazón del barrio la gran fábrica siderúrgica cinco veces más grande que todo el centro histórico de Cracovia, con amplias avenidas, espacios verdes, y viviendas para al menos 40.000 trabajadores, tantos como podían trabajar en la fábrica. Las autoridades comunistas no tenían previsto conceder un espacio para la construcción de una iglesia. En la nueva Polonia comunista no había lugar a la fe católica. El entonces arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, no se dejó impresionar mucho. La Nochebuena de 1973, con gélido frío que caracteriza aquellas tierras, fue a Nowa Huta para celebrar la santa misa al aire libre. La afluencia de gente fue tal que las autoridades civiles y militares no pudieron hacer otra cosa que

«Donde surge la cruz, se ve la señal de que ha llegado la Buena Noticia de la salvación del hombre mediante el amor». Con la nueva cruz de madera levantada no lejos de aquí, «hemos recibido una señal: que en el umbral del nuevo milenio —en esta época en las nuevas condiciones de vida—, vuelve a ser anunciado el Evangelio. Se ha dado comienzo a una nueva evangelización, como si se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo». La efemérides de lo acontecido hace un milenio sugieren a Juan Pablo II la evangelización al comienzo del nuevo.

d) Particularmente el Papa utilizó la fórmula en la preparación para las celebraciones del comienzo del V Centenario de la Evangelización de América. Así se dirigió a los obispos del CELAM en Puerto Príncipe (Haití) (9 de marzo de 1983): «La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de reevangelizar, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión». Las últimas palabras han sido repetidas mil veces para señalar algunas características de la nueva evangelización.

e) En un discurso muy importante dirigido por Juan Pablo II al Simposio del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (11 de octubre de 1985), aparece la fórmula nueva evangelización referida a la situación de Europa, de Europa occidental. En la nueva situación de

desistir en su intento de impedir la celebración. Al regresar a aquel barrio como Papa, Juan Pablo II no podía olvidar lo que había sucedido los años anteriores y cómo él mismo había actuado en primera persona para que se pudiera dar vida a un testimonio de fe ente el poder ateo y secularista.

su historia, Europa necesita una nueva evangelización. La nueva evangelización de Europa debe insertarse en las raíces comunes, que están guardadas por memorial maternal de la Iglesia. «La amnesia del acto del propio nacimiento y del propio desarrollo orgánico es siempre un riesgo y puede conducir incluso a la alienación». En la nueva situación de Europa la Iglesia «está llamada a proponer una nueva evangelización, una síntesis creativa entre el Evangelio y la vida».

f) En la encíclica *Redemptoris missio* (1990), Juan Pablo II sitúa la nueva evangelización como una modalidad en la hora presente de la misión que la Iglesia ha recibido de Jesucristo. La misión de la Iglesia tiene razones intrínsecas: la Iglesia ha nacido para evangelizar; ésta es su vocación, su sentido, su gloria y su cruz. Pero en la misión se pueden distinguir tres situaciones:

- En primer lugar la misión *ad gentes*, es decir, cuando se dirige a pueblos, donde es desconocido Cristo y el Evangelio; o donde las comunidades cristianas no existen o son radicalmente insuficientes (acción misionera).
- Una segunda situación: comunidades cristianas con sólidas estructuras eclesiales y vida y acción pastoral ordinaria (pastoral ordinaria).
- Y existe una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido de su fe o se han alejado de la Iglesia, de Cristo, del Evangelio. «En este caso es necesaria una “nueva evangelización”» (RM 33) (*nueva evangelización*).

A continuación, la encíclica precisa: «no es fácil definir los confines entre la atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específi-

ca» (34). No es pensable levantar barreras o formar recintos separados. Lo podemos ver en nuestra situación, en que no es difícil distinguir diversos destinatarios y diversas actitudes en relación con la fe en Dios revelado en Jesucristo y con la conciencia de pertenencia eclesial.

g) Por último, Benedicto XVI se suma a esta llamada del Pontífice predecesor. Entre sus intervenciones caben destacar dos. Una muy destacada está en la exhortación apostólica *Verbum Domini* (2010) del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. Las tres partes del documento son tituladas con palabras del prólogo del evangelio de Juan. La tercera, que mira sobre todo al futuro, contiene esta llamada: «Al alba del tercer milenio, no sólo hay todavía muchos pueblos que no han conocido la buena nueva, sino también muchos cristianos necesitados de que se les vuelva a anunciar persuasivamente la Palabra de Dios, de manera que puedan experimentar concretamente la fuerza del Evangelio. La exigencia de una nueva evangelización tan fuertemente sentida por mi venerado predecesor, ha de ser confirmada sin temor, con la certeza de la eficacia de la palabra divina» (VD 96).

La otra intervención destacada es la institución, por el motu proprio *Ubicumque et semper* (21.9.2010) de Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, lo cual es signo elocuente del lugar que desea el Papa ocupe la evangelización en nuestro tiempo. Entre otras motivaciones recuerda el Papa unas elocuentes palabras tomadas de la exhortación *Cristifideles laici* (1988) que aclaran quiénes son destinatarios de esta nueva evangelización: «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida

cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidas a dura prueba incluso alguna que otra vez son radicalmente transformadas por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo —si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria— inspiran y sostienen una existencia vivida “como si Dios no existiera”». «Solo», dice más adelante, «la exhortación, una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad. Urge que se rehaga la cristiana trabazón de las comunidades cristianas» que viven en estos países o naciones (cf. CL 34). La nueva evangelización es la palabra clave de orientación para la pastoral presente y futura.

Por último, en 2012 tuvo lugar la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. En ella se dio una definición de la «nueva evangelización» como expresión clave que cifra las tareas, necesidades y esperanzas actuales de la Iglesia: «La nueva evangelización consiste en imaginar situaciones, lugares de vida y acciones pastorales, que permitan a estas personas salir del “desierto interior”, imagen usada por el Papa Benedicto XVI para representar la condición humana actual, prisionera de un mundo que ha prácticamente excluido la cuestión de Dios del propio horizonte. Tener el coraje de introducir el interrogante sobre Dios dentro de este mundo; tener el valor de dar nuevamente cualidad y motivos a la fe de muchas de nuestras Iglesias de antigua fundación: ésta es la tarea específica de la nueva evangelización» (*Instrumentum laboris*, 88).

La finalidad y los destinatarios de la nueva evangelización

A la luz de este itinerario histórico se concluye cual es la finalidad de esta llamada a la nueva evangelización. En primer lugar, destaca el escenario geográfico al que se dirige: el espacio geográfico dentro del cual se desarrolla la nueva evangelización, sin ser exclusivo, se refiere primariamente al Occidente cristiano. Así también, en segundo lugar, los destinatarios de la nueva evangelización aparecen suficientemente identificados: se trata de aquellos bautizados de nuestras comunidades que viven una nueva situación existencial y cultural, dentro de la cual, de hecho, está incluida su fe y su testimonio. En efecto:

«Hay personas que necesitan animación de la fe, confianza en sus vacilaciones, clarificación de sus dudas, consuelo en sus oscuridades y serenidad en sus desconciertos. Muchos se alegran hondamente y se sienten confortados, cuando ven comunidades gozosas y festivas, manifestaciones de la fe cristiana. La piedad popular es un gasto importante que muchos mantiene unidos a la fe de la Iglesia que por ello debe ser tenida en cuenta en la nueva evangelización.

«Hay personas que padecen *cansancio*. Llama la atención que esta expresión aparezca varias veces en los *Lineamenta* para el Sínodo de la Nueva Evangelización (6 y 15). Merece la pena hacer un esfuerzo por entenderla. La secularización ambiental invade la vida cotidiana de las personas y desarrolla una mentalidad en la que Dios está ausente en gran medida. Probablemente en la actualidad la negación de dios no se hace con arrogancia, ya que el hombre ha percibido con claridad que es débil y vulnerable. La secularización de ordinario adopta tonos modestos, no agresi-

vos; pero debilita y fatiga, como una hemorragia de vitalidad y entusiasmo. Esta situación conduce a una atrofia espiritual, o un vacío del corazón, a un cansancio que es también una forma de anemia mezclada con impotencia. (...) Hay desgana para transmitir la fe; hasta para signar a sus niños con la cruz y enseñarles a rezar. En los sacerdotes se puede constatar frecuentemente este cansancio que ya no es crisis de identidad sacerdotal ni tentación de abandonar el ministerio, sino sensación de impotencia ante un mundo que se desentiende de Dios. Están cansados de bregar y de resistir.

«Otros viven ya al margen de Dios; como si no existiera y si existiera no manifiesta su ayuda cuándo es invocado. Hay acontecimientos que los interrogan, pero sofocan enseguida a las preguntas y no prosiguen en la reflexión. Fingen estar a gusto, pero no lo están; más bien, miran para otro lado y se distraen. En estos casos hay que reconstruir la existencia cristiana desde los cimientos. La iniciación cristiana es la forma que la nueva evangelización debe adoptar en estas situaciones; no se puede actualmente dar por supuesto muchas realidades con su inherente fuerza vital, ya que no bastan los conocimientos sin vivencia ni las informaciones sin toque interior del corazón. Es necesario distinguir entre el conocimiento de la religión y la vida como cristianos»⁴.

Una «nueva etapa evangelizadora» de la Iglesia

El concepto de nueva evangelización, desarrollado por los Pontífices anteriores (Juan Pablo II y Benedicto XVI), se ha transformado en la expresión «nueva eta-

⁴ R. Blázquez, *Del Vaticano II a la nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2013, 72-73.

pa evangelizadora» en el actual Papa Francisco. Su visión y su programa para la evangelización se halla en la Exhortación apostólica del 2013, *Evangelii gaudium* (la alegría del evangelio). En él indica «camino para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (EG 1).

Este documento está inspirado en el de San Pablo VI *Evangelii nuntiandi* (1975). Como en aquel, el Papa Francisco refleja «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» (EN 80; EG 10). Esta alegría es la que hace «nueva» siempre la evangelización. Ella es una «eterna novedad» porque procede de Dios: «En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado. Él hace a sus fieles siempre nuevos» (EG 11). La novedad proviene de Cristo, que es el «Evangelio eterno» (Ap 14,6): «Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad» (EG 11). Toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva», porque es retornar al evangelio de Jesús. Él es el «primero y más grande evangelizador» (EN 7; EG 12). «La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que él inspira... “Él nos amó primero” (1 Jn 4,19)» (EG 12).

Pero, a la vez, *Evangelii gaudium* incorpora ricas aportaciones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (20 junio 2007). Desde el inicio se sirve de la fundamentación antropológica de la misión cristiana: «Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a otros. Eso es en definitiva la misión” (cf *Aparecida*, 360)» (EG 10).

Bebiendo en ambas fuentes, el documento indica también los ámbitos de la evangelización, como lo hicieron en momentos anteriores tanto la encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio* (1990), como en la XIII Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva evangelización (2012). El Papa Francisco sigue reconociendo tres ámbitos de evangelización: la pastoral ordinaria; el de «*las personas bautizadas que no viven las exigencias del Bautismo*» (pastoral de conversión que devuelva la alegría de la fe) y el de la misión *ad gentes*, dirigido a *quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado* (cf. EG 14).

Pero, el Papa Francisco da un giro original al planteamiento. Siguiendo la lógica con la que se inicia el documento, al subrayar que la novedad proviene básicamente del mismo evangelio de Jesucristo, de su inspiración divina, y no de la situación de los destinatarios, concluye que «la actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia y la causa misionera debe ser la primera» (EG 15; cf. RM 40 y 86). Por lo que advierte e invita: «¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*» (EG 15). De ahí arranca su propuesta, la de una «transformación misionera de la Iglesia» (capítulo 1), que implica una «pastoral en conversión» (cf. EG 25-33). «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación» (EG 27).



El «Evangelio» como mensaje de Jesús

II.

El «Evangelio» como mensaje de Jesús

Las palabras «evangelio» y «evangelizar» son bíblicas⁵. Entre las muchas expresiones que el Nuevo Testamento utiliza para describir la acción reveladora de Jesús, además de «proclamar» y «enseñar», aparece un verbo con frecuencia para indicar su obra: se trata del verbo «*evangelizar*». En su mensaje común, ya presente en los libros del Antiguo Testamento, expresa la idea de anunciar un mensaje de alegría, como, por ejemplo, el nacimiento de un hijo o la victoria en una batalla. Esta alegría rodea el anuncio de Jesús del Reino de Dios. Su anuncio constituye, pues, un «evangelio».

El mensaje profético del Antiguo Testamento

Ya en los profetas de Antiguo Testamento y en los Salmos, el término «evangelio» designa un mensaje de consuelo, esperanza y alegría. En la situación humanamente sin salida que Israel vivía en el exilio babilónico y que parecía ser un incumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas, el profeta Isaías anunció el Evangelio, esto es, la buena noticia de que el tiempo de la perdición y la condena había concluido y de que Dios iba a hacer realidad su reinado. Isaías proclamó que Dios había tomado en sus manos el destino del pueblo, transformándolo para bien. Era un mensaje imposible de creer desde un punto de vista meramente humano. Venía a decir que se puede confiar en Dios

⁵ Cf. W. Kasper, «¿Qué significan «evangelio» y «evangelización»?»: en Id., *El evangelio de Jesucristo*, Obra completa de Walter Kasper, volumen 5, Sal Terrae, Santander 2013, 254-264.

y en sus promesas, y que es posible la esperanza contra toda esperanza (cf. Is 40,9; 52,7; véase también Sal 40,10; 68,12).

En el libro de Isaías encontramos escritas estas palabras: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios”!» (Is 52,7). En este versículo se alude al heraldo que va delante del pueblo en su retorno de la esclavitud en Babilonia. Los habitantes de Jerusalén, que se encuentran en los muros y en las torres de la ciudad, esperan a los supervivientes, y por la cima de la montaña divisan al mensajero que proclama a voz en grito la liberación y el retorno a la patria. Según la concepción del profeta, el heraldo está anunciando la verdadera victoria, que no es tanto el regreso del exilio, cuanto el hecho de que Dios vuelve a habitar en Sión, dando comienzo, así, a una nueva fase de la historia. La misma idea es retomada por el profeta en otro pasaje: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha consagrado con la unción; me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres» (Is 61,1).

Estos textos del profeta Isaías mencionan la «buena noticia» como una liberación, una salvación de la opresión. De esa manera, «evangelio», en el lenguaje profético es un mensaje «contrafáctico», es decir, que invierte la visión y el curso normal de las cosas y exige un cambio fundamental de mentalidad y de rumbo. No es resultado del cálculo humano, de la planificación y el quehacer de los hombres, ni resultado de la evolución natural o el progreso histórico, sino promesa de una acción divina con poder sobre la historia y no deducible de manera intramundana. De ahí que confiar en el Evangelio y entregarse a él requiera un cambio

fundamental de mentalidad y apertura a nuevas posibilidades divinas que son mundana y humanamente inauditas.

Por lo que respecta al contenido, el Evangelio es el mensaje del advenimiento de la salvación mesiánica, que es prometida como reino de paz, la justicia y la vida (cf. Is 9,1- 6; 35; 49,9-50,3; 60). No se trata de un mensaje puramente interior y ajeno al mundo; asume anhelos y esperanzas profundamente humanos. Apuesta por el Dios oculto (cf. IS 45,15) y confía en que su señorío y gloria quedarán al final históricamente demostrados y acreditados. Es la esperanza en Dios como un Dios de los hombres, un Dios libertador, sanador y amigo de la vida, un Dios que, en un mundo desquiciado, instauro una paz universal (šalom) y un orden justo

El Evangelio de Jesucristo

El mensaje de los profetas alcanza su cumplimiento en Jesucristo. En una situación en la que el pueblo vivía bajo el dominio de una potencia ocupante extranjera y las personas se encontraban desoladas y empobrecidas, Jesús hace suya la esperanza de los profetas y anuncia: «Hoy... se ha cumplido este pasaje de la Escritura» (Lc 4,20). Jesús define su misión con las palabras del profeta Isaías (cf. 61,1s), con «evangelizar a los pobres», anunciar a los pobres la buena noticia (cf. Lc 4,18). El evangelista Marcos resume el mensaje de Jesús como sigue: «Jesús se dirigió a Galilea a proclamar la buena noticia de Dios. Decía: “Se ha cumplido el plazo y está cerca el reinado de Dios. Arrepentíos y creed en la buena noticia”» (Mc 1,14s).

Para Jesús, el Evangelio no es una palabra que resuena sin eficacia alguna. Los relatos sinópticos de cura-

ciones muestran que, en los milagros que Jesús realiza en los enfermos, las personas sufrientes y los atribulados de todo tipo, se cumple a modo de anticipación la promesa del Evangelio de la venida del reinado de Dios, y el reino de la paz y de la vida irrumpe ya aquí y ahora. Así, pues, el Evangelio es el cumplimiento — que sobrepasa todas las expectativas— de los más profundos anhelos humanos de salvación e integridad del mundo y del hombre, así como de una vida signada por la justicia, la paz y la libertad. En la medida en que en el Evangelio se anuncio el venidero reinado de Dios, este se hace presente en el mundo y activo en la historia. En tanto en cuanto es proclamado, el Evangelio del reino de Dios como vida, justicia, libertad, reconciliación y paz se convierte en una fuerza que transforma y renueva el presente e impulsa dinámicamente hacia el futuro. El reino de Dios no se puede «hacer» ni organizar ni establecer por medio de la violencia. Es exclusivamente un don de Dios. Pero también es tarea de ser humano. No llega obviando las cabezas y los corazones de las personas. Dios nos ha creado y se toma en serio nuestra libertad. Así, el Evangelio de Jesús no es una cómoda almohada, ni un consuelo barato. Nos libera para que ejerzamos nuestra libertad poniéndola al servicio de Dios y de los demás.

En este sentido puede leerse en el sumario del inicio del Evangelio de Marcos: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). «Conversión» significa cambio radical de rumbo en la orientación global de la vida. Las bienaventuranzas del Sermón de la montaña expresan la nueva orientación. En contra de toda expectativa humana normal, los bienaventurados no son los ricos, los felices y los poderosos, sino los pobres, los que lloran y los perseguidos (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-26). De ahí que la fe signifique más que el tener

por verdaderos determinados enunciados; quiere decir que la persona en su totalidad se deja atrapar por el mensaje de Jesús. Una fe así infunde franqueza para llamar «Padre» a Dios y aceptar al prójimo como hermano. A quine cree de este modo en Dios, para el que todo es posible (cf. Mc 10,27; 14,36), también todo le resulta posible (cf. Mc 9,23). Es capaz de mover montañas (cf. Mc 11,23) y de fermentar la masa del mundo al igual que una pizca de levadura fermenta una artesa entera (cf. Mt 13,33).

Lo realmente nuevo y escandaloso del Evangelio de Jesús es que este vinculara el Evangelio del advenimiento del reino de Dios a su propia venida: con él y a través de él viene Dios al mundo. Esto se hace patente en la respuesta que Jesús da a la pregunta de los discípulos del Bautista: «¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?». A esta pregunta responde el Nazareno citando las promesas proféticas y asegurando que se cumplen en su persona (cf. Is 26,19; 29,18; 35,5s). Y luego añade «¡Y dichoso el que no se escandaliza de mí!» (Mt 11,2-6; cf. asimismo Lc 7,18-23). Según esto, el escándalo radica en que la promesa escatológica universal de la venida de Dios se cumple en esta persona concreta, cuyos parientes son conocidos y que procede de Nazaret, una localidad a la sazón irrelevante (cf. Jn 1,46). Él es el reino de Dios en persona (*autobasileía*).

A la vista de esta vinculación del advenimiento del reino de Dios con la venida de Jesús, no supuso en realidad ninguna ruptura que, después de la Pascua, el anuncio del Evangelio del reino de Dios se convirtiera en Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios (cf. Mc 1,1; Rom 1,9; 2 Cor 2,12; 9,13 *passim*). Pues por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, Dios había demostrado definitivamente su señorío sobre las

potencias del mal y de la muerte. Así, en el Nuevo Testamento el Evangelio se transforma en Evangelio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos 8cf. en especial 1 Cor 15,1-5). Ese evangelio es el fundamento de nuestra esperanza. Pues to que fue Dios quien resucitó a Jesucristo, el mensaje postpascual, a pesar de todo su cristocentrismo, no deja de ser teocéntrico. Es anuncio del resplandor divino del rostro de Cristo (cf. 2 Cor 4,6.15).

Así, pues, el «Evangelio de Jesucristo» puede significar dos cosas: Evangelio de Jesucristo, de su muerte y de su resurrección (*genitivo objetivo*); y el Evangelio en que el que Jesucristo, a través del Espíritu Santo, se hace presente y se comunica a sí mismo de modo salvíficamente eficaz en la Iglesia y en el mundo como el Señor ensalzado (*genitivo subjetivo*). Así, en el anuncio del Evangelio, Jesucristo no es, en último término, objeto, sino el verdadero sujeto. Es el actor principal y el auténtico promotor de la evangelización. En esta se anuncia y comunica él mismo.

La acción salvífica de Dios en Jesucristo y a través de Jesucristo, en su muerte y resurrección, es el centro del Evangelio y, al mismo tiempo, *el* escándalo del mensaje cristiano. Pablo habla del escándalo de la cruz, del que dice que bajo ningún concepto pues ser vaciado (cf. 1 Cor 1,18-31). El cuarto evangelio expresa el escándalo afirmando que el Logos eterno —en quien todo ha sido creado y quien es luz y vida en todo lo que existe— se ha hecho carne débil en Jesús (cf. Jn 1,14). En su encarnación, Jesucristo es el *universale concretum*: en cuanto el absolutamente singular constituye al mismo tiempo *la* realidad universal.

Esta coincidencia de singularidad y universalidad es el escándalo del mensaje cristiano. Es escándalo para los judíos, necedad para los griegos (cf. 1 Cor 1,23), En

este carácter escandaloso radica la identidad distintiva del anuncio cristiano y de la fe cristiana, que no debemos eludir en el diálogo interreligioso con los judíos y los paganos. No es posible pasar de largo ante ella. La adaptación a lo que en estos momentos gusta y está de moda no es un programa válido para la evangelización.

La evangelización como misión de los discípulos de Jesús

Ya durante su actividad terrena, Jesús envió a sus discípulos a anunciar el Evangelio del venidero reino de Dios, corroborándolo por medio de hechos prodigiosos (cf. Mt 10,7; Lc 9,2.6; 10,9.11). El Resucitado amplía le encargo de anunciar el reino convirtiéndolo en este mandato: «Id a hacer discípulos entre todos los pueblos» (Mt 28,19). En el apéndice de Evangelio de Marcos, Jesús confía a sus discípulos la misión de anunciar el Evangelio a todas las criaturas (cf. Mc 16,15).

Según los Hechos de los Apóstoles, los discípulos hicieron suyo el encargo después de Pentecostés. Sobre todo Pablo se sabe elegido como *apóstol* para anunciar la buena noticia (cf. Rom 1,19; 1 Cor 1,17). Se sabe siervo y enviado de Jesucristo, quien a través de él exhorta: «Dejaos reconciliar con Dios» (2 Cor 5,20). Sin embargo, las comunidades del apóstol no son solo receptoras del Evangelio, sino también mensajeras de él. Pues la palabra de Dios no está escrita con tina ni en losas de piedra, sino en nuestros corazones por obra del Espíritu de Dios. Por eso, además de carteros, somos carta de Cristo en el Espíritu Santo (cf. 2 Cor 3,3).

Tal evangelización es posible únicamente en la «fuerza de lo alto», esto es, en la fuerza del Espíritu Santo

(cf. Lc 24,27-29; Hch 1,8). Solo en la medida en que fueron alentados y fortalecidos por el Espíritu de Pentecostés, se atrevieron los apóstoles a salir del cenáculo, en el que al principio se habían refugiado temerosos, y a anunciar a Jesús como el Mesías ungido por Dios (cf. Hch 2). Asimismo, en adelante es el Espíritu Santo quien, a tenor de los Hechos de los Apóstoles, dirige la misión. Es él quien sin cesar le abre nuevas puertas (cf. Hch 16,6-8; 2 Cor 2,12). También según Juan está la misión de los discípulos vinculada con el envío del Espíritu Santo (cf. Jn 20,21s). Él es el verdadero protagonista de la misión.

Por consiguiente, la misión no es un asunto de acción y organización. Es una tarea espiritual. Solo una Iglesia colmada del Espíritu de Dios está en condiciones de misionar. Pero una Iglesia movida por el Espíritu Santo tampoco puede sino salir y dar testimonio del Evangelio al mundo entero. A una Iglesia así nunca le puede interesar únicamente su autoconservación y el mantenimiento del statu quo. Una Iglesia que no percibiera ni realizara ya el encargo de evangelizar, que no se sintiera urgida a hacerlo, no sería ya la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia es, por naturaleza, misionera (cf. AG 2).

El Evangelio como fuente de vida y de gracia

Las distintas tradiciones neotestamentarias expresan el contenido del Evangelio de diverso modo. En el cuarto evangelio se interpreta el mensaje del reino de Dios como mensaje de vida. Para el Evangelio de Juan, la vida es el bien salvífico por excelencia (cf. Jn 5,40; 6,33; 12,50; 17,2). Jesús dice de sí mismo que ha venido para que [los hombres] tengan vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10; él puede saciar definitiva-

mente la sed de vida del ser humano (cf. Jn 4,13s). En efecto, él mismo es el camino, la verdad y la vida (cf. 14,6). Pues en él se manifiesta aquel en el que todo ha sido creado y que es la luz y vida en todo lo que existe (cf. Jn 1,4). Así, él es la luz de la vida y del mundo (cf. Jn 3,19; 8,12). En él se nos regala la comprensión de la vida, purificada y consumada. Aunque el término «Evangelio de vida» no aparece en los escritos joánicos, 1 Juan habla recapituladoramente de la «palabra de vida» (cf. 1 Jn 1,1; véase también Jn 6,68; Flp 2,16).

En Pablo son otros conceptos los que ocupan el lugar del jesuánico «Evangelio del reino de Dios». Principalmente el de gracia (*jaris*). En Romanos y Gálatas, Pablo habla del Evangelio en que por la fe se ha revelado la justicia de Dios para que se crea en ella (cf. Rom 1,17). Pablo no se refiere a la justicia que da a cada cual lo que le corresponde. Tampoco habla de la justicia retributiva. Lo que a él le interesa no es la justicia que merecemos por nuestras buenas o malas acciones, sino la justicia inmerecida, que Dios nos concede con independencia de nuestros méritos, por pura gracia, en virtud de la redención acontecida en Cristo Jesús (cf. Rom 3,24). Solo ella nos hace justos a los ojos de Dios (cf. Rom 3,26).

La justificación obrada por Dios libera de la sobreesforzada autojustificación, de la egolatría y la infatuación. En la medida en que justifica a los pecadores, Dios llama a la existencia a lo que no es y transforma en una nueva creación (cf. Rom 4,18; Gál 6,15). Merced a ello estamos en paz con Dios, obtenemos acceso a su gracia y podemos esperar en medio de la tribulación la gloria de Dios (cf. Rom 5,1-3).

Pablo puede caracterizar su mensaje también como mensaje de libertad y de nueva vida a partir de la libertad (cf. Gál 5,1-12). De nuevo, no se trata de la

libertad que «tenemos» y reclamamos para nosotros. Según Pablo, la libertad no se tiene sencillamente. Ni tampoco se toma sin más. La libertad es libertad regalada, libertad para la que Cristo nos ha liberado (cf. Gál 5,1.13).

En concreto, la libertad es libertad de la vida caída en el pecado, libertad de una vida esclavizada al afán de riqueza, poder, fama y lujuria. La libertad es ante todo libertad del estar abocados a la muerte y libertad del miedo a la futilidad y la caducidad de la vida en la muerte. Por último, la libertad es libertad de la ley, pues la libertad libera de la terrible y desmesurada exigencia de querer y deber conseguir la propia salvación por medio de las buenas obras.

Para Pablo, lo anterior no tiene nada que ver con un libertinaje que ignora toda la ley. Este malentendido de la libertad no es exclusivo de nuestros días. Se encuentra ya en el lema de los entusiastas corintios: «Todo me está permitido» (1 Cor 6,12; 10,23). Pablo le contrapone este otro lema: «Todo me está permitido, pero no todo conviene» (1 Cor 6,12; 10,23). Realmente libre solo es aquel que está libre también de sí mismo, de su egonomía, de su egoísmo obsesivo. Por eso, la libertad cristiana nunca es únicamente «libertad de», sino también, al mismo tiempo, «libertad para», a saber, libertad para Dios (cf. Rom 6,11) y libertad que se hace eficaz en el amor (cf. Gál 5,13), esto es, libertad para los otros. La libertad cristiana es tan libre que es capaz de superarse a sí misma y prestar atención al hermano. Así, el amor es el cumplimiento cabal de la ley (cf. Rom 13,10).

El mensaje del don de la nueva libertad y la nueva vida recibido de Dios por Jesucristo posibilita la verdadera realización de la vida y la verdadera felicidad en la vida. Este mensaje no le quita nada al ser humano,

antes bien, le da todo: vida, libertad, amor, confianza y esperanza. Le concede la franqueza (*parresía*) necesaria para invocar a Dios con toda confianza como «*Abbá*, Padre» (cf. Rom 8,15; Gál 4,6) y la certeza de que nada puede sespararnos del amor de Dios (cf. Rom 8,38s). Así pues, también para Pablo es el Evangelio un mensaje de esperanza. Permite respirar hondo y cobrar nuevo ánimo. Es salvación impregnada de esperanza (cf. Rom 8,24).

El evangelio en la tradición viva

Todo lo dicho hasta ahora muestra que el Evangelio del reino de Dios, de la vida y de la gracia, no es un sistema de enunciados de fe ni preceptos morales y mucho menos un programa político. El Evangelio es, «de parte de Dios y delante de Dios en Cristo» (cf. 2 Cor 2,14-17, aquí v. 17), un *nomen actionis*, esto es, algo que acontece y se desarrolla históricamente. Es palabra que se pronuncia en el Espíritu Santo y acaece históricamente, palabra eficaz que opera aquello que designa (cf. Heb 4,12s). Desde el punto de vista de la filosofía del lenguaje se podría hablar de una acción lingüística performativa.

Así y todo, el Evangelio no se limita a ser algo que acontece. También se expresa en formulaciones doctrinales. El propio Jesús se desempeña como rabí y es calificado como rabí, o esa, de maestro (*didáskalos*). Así, en los evangelios se habla con frecuencia de enseñar (*didaskein*) y de enseñanza [*didaché*] (cf. Mc 1,21s.27; 2,13; 4,1 *passim*).

Esto lo confirma también Pablo, quien con frecuencia hace suyas formulaciones confesionales que ha asumido ya de la tradición y de las que afirma que es necesario conservar la literalidad del Evangelio que él

ha anunciado (cf. 1 Cor 15,2). En la Carta a los Romanos habla del «Evangelio de su Hijo [el de Dios]» y explica esta afirmación por medio de un antiguo enunciado de fe en tanto en cuanto añade: «nacido por línea carnal del linaje de David y, a partir de la resurrección, establecido por el Espíritu Santo Hijo de Dios con poder» (Rom 1,3s). Más claro todavía es 1 Cor 15,1-5. Allí se refiere Pablo al Evangelio de la muerte y la resurrección citando una fórmula adoptada de la tradición: «ante todo, yo os transmití lo que había recibido». Tales formulaciones confesionales aparecen asimismo en otros pasajes de sus cartas (cf. Rom 10,9; Flp 2,6-11 *passim*). Y en las Cartas Pastorales, el Evangelio es caracterizado con todas las letras como «sana y buena enseñanza» (1 Tim 1,10s; véase también 1 Tim 4,6; Tit 1,9 *passim*), que se condensa en fórmulas doctrinales (cf. 2 Tim 2,8-13 *passim*).

Tampoco para la tradición posterior existe contradicción entre Evangelio vivamente anunciado y confesiones doctrinales. El término «tradición» tiene siempre un doble significado. Denota, por una parte, el contenido de la tradición: aquello que es transmitido (*id quod traditur*); y por otra, la comunicación viva a través de la que se lleva a cabo la transmisión de dicho contenido (*id quo traditur*). Solo por medio del proceso de tradición (o transmisión) nos resulta accesible el contenido de la tradición. Según esto, ambas acepciones están indisolublemente entrelazadas y engastadas una en otra. Esto significa que la fe condensada en una proposición de fe debe ser vivificada y actualizada sin cesar en el anuncio vivo. La tradición ha de ser entendida como tradición viva. A la fe transmitida se mantiene uno fiel no repitiéndola sin más, sino haciéndola valer de forma siempre nueva, joven y fresca en el Espíritu Santo.

Con ello se hace patente otro punto: la fe es siempre mi fe personal; sin embargo, en cuanto tal, está en armonía con la historia de la fe (animada por el Espíritu Santo) de la comunidad creyente que es la Iglesia. a la inversa, la fe debe cobrar vida sin cesar en cada creyente y en cada época de la Iglesia. En consecuencia, las primitivas fórmulas de fe no rezan: «creo», sino «creemos». La fe vivamente testimoniada y vivida de la comunidad creyente que es la Iglesia de todos los tiempos es la carta de invitación que Dios dirige al mundo (cf. 2 Cor 3,2s).

Según Pablo, el anuncio del Evangelio es un ministerio sacerdotal litúrgico (cf. Rom 15,16) que lleva a la liturgia de la fe (cf. Flp 3,17). El anuncio no persigue, en el fondo, multiplicar el número de los fieles, sino acrecentar la alabanza a Dios en el mundo (cf. 2 Cor 4,15). Así, todo credo es un texto litúrgico y, en cuanto tal, doxología, alabanza de los prodigiosos hechos de Dios. Se trata de un acontecimiento litúrgico. La Iglesia debe actualizar por medio del recuerdo y vivificar con presencia de ánimo el Evangelio de generación en generación no solo a través de la palabra, los hechos y su vida entera, sino, sobre todo, a través de la liturgia, a fin de intensificar la alabanza de Dios y hacer presente el venidero reino de Dios.

A modo de recapitulación: La Buena Noticia de Dios hoy para la humanidad

Ni en Antiguo ni el Nuevo Testamento nos brindan una receta de como debemos y podemos evangelizar en la actualidad. Pero sí que nos ofrecen orientaciones básicas. Nos dicen: la evangelización es la identidad de la Iglesia, ella es lo que hace que la Iglesia sea Iglesia. Con todo, quien quiera evangelizar debe primero

ser evangelizado y cautivado por Jesucristo, para así poder divulgar la felicidad de ser cristiano, para poder testimoniar esa felicidad a otros de forma invitadora y atrayente, pues de lo que rebosa el corazón habla la boca. «Creemos y por eso hablamos» (2 Cor 4,13). Por tanto, la evangelización no es primordialmente un asunto de organización y administración, sino de testimonio personal (*martyría*), de testimonio tanto de palabra como de vida. La evangelización tiene forma testimonial, martirial.

Por otra parte, la evangelización es glorificación de Dios y servicio en pro de la vida de las personas. Uno y otro aspecto no pueden ser separados, pero tampoco identificados. Del Evangelio no se debe hacer un programa de mejora del mundo: asimismo, no es legítimo entenderlo como un mensaje meramente interior, espiritual. Como fuerza divina que es tiene virtud para transformar el mundo y corregir sus imperfecciones. En cuanto tal, suscita esperanza más allá de todo lo humanamente esperable y todo lo humanamente factible. Merced a la confianza en Dios sabemos que lo que acontece por amor nunca es en balde, de suerte que nunca resulta vano hacer el bien. Pues solo el amor permanece para siempre (cf. 1 Cor 13,8.13).

Allí donde se viven la fe, la esperanza y el amor, allí surgen parroquias y comunidades que son oasis de vida y atraen a las personas, espacios donde uno puede respirar hondo, donde puede sentirse acogido y en casa. Así, la evangelización acontece de forma tanto centrífuga como centrípeta. Sale al encuentro de las personas en los caminos y veredas (cf. Lc 14,23) e invita a quienes buscan y se interrogan, a los atribulados y agobiados: «Venid y ved» (Jn 1,39).

Por último, el Evangelio es la Sabiduría de Dios manifestada en Jesucristo. De ahí que la proclamación

del Evangelio sea un culto racional [*logike latreía*] (cf. Rom 12,1). Los creyentes hemos de dar razón de la esperanza que habita en nosotros. En el texto griego se dice con mayor precisión: la fe debe de estar dispuesta a la apología (*apología*), esto es, tiene que exponer la lógica de fe inmanente a la fe (cf. 1 Pe 3,15). Es la propia fe la que busca comprender y es, por tanto, una fe inteligente.

Una meditación sobre el significado de la evangelización (Benedicto XVI)

Mi meditación⁶ trata sobre la palabra «*evangelium*» «*euangelisasthai*» (cf. Lc 4, 18). La palabra «*evangelium*» «*euangelisasthai*» tiene una larga historia. Aparece en Homero: es anuncio de una victoria, y, por lo tanto, anuncio de un bien, de alegría, de felicidad. Aparece luego en el Segundo Isaías (cf. Is 40, 9) como voz que anuncia la alegría de Dios, como voz que hace comprender que Dios no ha olvidado a su pueblo, que Dios, quien aparentemente se había retirado de la historia, está presente. Y Dios tiene poder, Dios da alegría, abre las puertas del exilio; después de la larga noche el exilio, aparece su luz y da al pueblo la posibilidad de regresar, renueva la historia del bien, la historia de su amor. En este contexto de la evangelización, aparecen sobre todo tres palabras: *dikaiosyne*, *eirene*, *soteria* — justicia, paz, salvación—. Jesús mismo retomó las palabras de Isaías en Nazaret, al hablar de este «Evangelio» que lleva precisamente ahora a los excluidos, a los encarcelados, a los que sufren y a los pobres.

6 Cf. Benedicto XVI, Meditación durante la primera Congregación General de la XIII asamblea General del Sínodo de los Obispos (8.10.2012).

Pero para el significado de la palabra «*evangelium*» en el Nuevo Testamento, además de esto —el Deutero Isaías que abre la puerta—, es importante también el uso que hizo de la palabra el Imperio romano, empezando por el emperador Augusto. Aquí el término «*evangelium*» indica una palabra, un mensaje que viene del Emperador. El mensaje del emperador —como tal— es positivo: es renovación del mundo, es salvación. El mensaje imperial es, como tal, un mensaje de potencia y de poder; es un mensaje de salvación, de renovación y de salud. El Nuevo Testamento acepta esta situación. San Lucas compara explícitamente al Emperador Augusto con el Niño nacido en Belén: «*evangelium*» — dice— sí, es una palabra del Emperador, del verdadero Emperador del mundo. El verdadero Emperador del mundo se ha hecho oír, habla con nosotros. Este hecho, como tal, es redención, porque el gran sufrimiento del hombre —entonces como ahora— es precisamente este: Detrás del silencio del universo, detrás de las nubes de la historia ¿existe un Dios o no existe? Y, si existe este Dios, ¿nos conoce, tiene algo que ver con nosotros? Este Dios es bueno, y la realidad del bien ¿tiene poder en el mundo o no? Esta pregunta es hoy tan actual como lo era en aquel tiempo. Mucha gente se pregunta: ¿Dios es una hipótesis o no? ¿Es una realidad o no? ¿Por qué no se hace oír? «Evangolio» quiere decir: Dios ha roto su silencio, Dios ha hablado, Dios existe. Este hecho, como tal, es salvación: Dios nos conoce, Dios nos ama, ha entrado en la historia. Jesús es su Palabra, el Dios con nosotros, el Dios que nos muestra que nos ama, que sufre con nosotros hasta la muerte y resucita. Este es el Evangelio mismo. Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido, sino que se ha mostrado y esta es la salvación.

La cuestión para nosotros es: Dios ha hablado, ha roto

verdaderamente el gran silencio, se ha mostrado, pero ¿cómo podemos hacer llegar esta realidad al hombre de hoy, para que se convierta en salvación? El hecho de que Dios haya hablado, de por sí, es la salvación, es la redención. ¿Pero cómo puede saberlo el hombre? Se trata de una pregunta importante. La respuesta la encontramos en la liturgia de la Iglesia.

En ella rezamos para que venga el Espíritu Santo, para que esté en nosotros y con nosotros. Con otras palabras: nosotros no podemos hacer la Iglesia, sólo podemos dar a conocer lo que ha hecho él. La Iglesia no comienza con nuestro «hacer», sino con el «hacer» y el «hablar» de Dios. De este modo, después de algunas asambleas, los Apóstoles no dijeron: ahora queremos crear una Iglesia, y con la forma de una asamblea constituyente habrían elaborado una constitución. No, ellos rezaron y en oración esperaron, porque sabían que sólo Dios mismo puede crear su Iglesia, de la que Dios es el primer agente: si Dios no actúa, nuestras cosas son sólo nuestras cosas y son insuficientes; sólo Dios puede testimoniar que es Él quien habla y quien ha hablado. Pentecostés es la condición del nacimiento de la Iglesia: sólo porque Dios había actuado antes, los Apóstoles pueden obrar con Él y con su presencia, y hacer presente lo que Él hace. Dios ha hablado y este «ha hablado» es el perfecto de la fe, pero también es siempre un presente: lo perfecto de Dios no es sólo un pasado, porque es un pasado verdadero que lleva siempre en sí el presente y el futuro. Dios ha hablado quiere decir: «habla». Y, como en aquel tiempo, sólo con la iniciativa de Dios podía nacer la Iglesia, podía ser conocido el Evangelio, el hecho de que Dios ha hablado y habla, así también hoy sólo Dios puede comenzar, nosotros podemos sólo cooperar, pero el inicio debe venir de Dios. Por ello, no es una mera forma-

lidad si comenzamos cada día nuestra Asamblea con la oración: esto responde a la realidad misma. Sólo el proceder de Dios hace posible nuestro caminar, nuestro cooperar, que es siempre un cooperar, no una pura decisión nuestra. Por ello es siempre importante saber que la primera palabra, la iniciativa auténtica, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también nosotros llegar a ser —con Él y en Él— evangelizadores. Dios siempre es el comienzo, y siempre sólo él puede hacer Pentecostés, puede crear la Iglesia, puede mostrar la realidad de su estar con nosotros. Pero, por otra parte, este Dios, que es siempre el principio, quiere también nuestra participación, quiere que participemos con nuestra actividad, de modo que nuestras actividades sean teándricas, es decir, hechas por Dios, pero con nuestra participación e implicando nuestro ser, toda nuestra actividad.

Por lo tanto, cuando hagamos nosotros la nueva evangelización es siempre cooperación con Dios, está en el conjunto con Dios, está fundada en la oración y en su presencia real.

Ahora, este obrar nuestro, que sigue la iniciativa de Dios, lo encontramos descrito con dos palabras más en la liturgia de la Iglesia: «confessio» (confesión) y «caritas» (amor). Veamos el primero: «*confessio*». La fe tiene un contenido: Dios se comunica, pero este Yo de Dios se muestra realmente en la figura de Jesús y se interpreta en la «confesión» que nos habla de su concepción virginal del Nacimiento, de la Pasión, de la Cruz, de la Resurrección. Este mostrarse de Dios es toda una Persona: Jesús como el Verbo, con un contenido muy concreto que se expresa en la «*confessio*». Por lo tanto, el primer punto es que nosotros debemos entrar en esta «confesión». Aquí es importante

observar también una pequeña realidad filológica: «*confessio*» en el latín precristiano no se diría «*confessio*» sino «*professio*» (*profiteri*): esto es el presentar positivamente una realidad. En cambio la palabra «*confessio*» se refiere a la situación en un tribunal, en un proceso donde uno abre su mente y confiesa. En otras palabras, esta palabra «*confessio*», que en el latín cristiano sustituyó a la palabra «*professio*», lleva en sí el elemento martiroológico, el elemento de dar testimonio ante instancias enemigas a la fe, dar testimonio incluso en situaciones de pasión y de peligro de muerte. A la confesión cristiana pertenece esencialmente la disponibilidad a sufrir: esto me parece muy importante. En la esencia de la «*confessio*» de nuestro Credo, está siempre incluida también la disponibilidad a la pasión, al sufrimiento, es más, a la entrega de la vida. Precisamente esto garantiza la credibilidad: la «*confessio*» no es una cosa que incluso se pueda dejar pasar; la «*confessio*» implica la disponibilidad a dar mi vida, aceptar la pasión. Esto es precisamente también la verificación de la «*confessio*». Se ve que para nosotros la «*confessio*» no es una palabra, es más que el dolor, es más que la muerte. Por la «*confessio*» realmente vale la pena sufrir, vale la pena sufrir hasta la muerte. Quien hace esta «*confessio*» verdaderamente demuestra de este modo que cuanto confiesa es más que vida: es la vida misma, el tesoro, la perla preciosa e infinita. Precisamente en la dimensión martiroológica de la palabra «*confessio*» aparece la verdad: se verifica solamente para una realidad por la cual vale la pena sufrir, que es más fuerte incluso que la muerte, y demuestra que es la verdad que tengo en la mano, que estoy más seguro, que «guío» mi vida porque encuentro la vida en esta confesión.

Veamos ahora dónde debería penetrar esta «confesión». Indica la liturgia: «*Os, lingua, mens, sensus, vigor*». Por san Pablo, *Carta a los Romanos* 10, sabemos que la ubicación de la «confesión» está en el corazón y en la boca: debe estar en lo profundo del corazón, pero también debe ser pública; la fe que se lleva en el corazón debe ser anunciada: nunca es sólo una realidad en el corazón, sino que tiende a ser comunicada, a ser realmente confesada ante los ojos del mundo. De este modo, debemos aprender, por una parte, a ser realmente —digamos— penetrados en el corazón por la «confesión», así se forma nuestro corazón, y desde el corazón encontrar también, junto con la gran historia de la Iglesia, la palabra y la valentía de la palabra, y la palabra que indica nuestro presente, esta «confesión» que sin embargo es siempre una. «*Mens*»: la «confesión» no es sólo cuestión del corazón y de la boca, sino también de la inteligencia; debe ser pensada y así, pensada e inteligentemente concebida, llega al otro y significa que mi pensamiento está situado realmente en la «confesión». «*Sensus*»: no es algo puramente abstracto e intelectual, la «*confessio*» debe penetrar incluso los sentidos de nuestra vida. San Bernardo de Claraval nos dijo que Dios, en su revelación, en la historia de salvación, dio a nuestros sentidos la posibilidad de ver, de tocar, de gustar la revelación. Dios ya no es algo sólo espiritual: ha entrado en el mundo de los sentidos y nuestros sentidos deben estar llenos de este gusto, de esta belleza de la Palabra de Dios, que es realidad. «*Vigor*»: es la fuerza vital de nuestro ser y también el vigor jurídico de una realidad. Con toda nuestra vitalidad y fuerza, debemos ser penetrados por la «*confessio*», que debe realmente «*personare*»; la melodía de Dios debe entonar nuestro ser en su totalidad.

«*Confessio*» es la primera columna —por decirlo así— de la evangelización, y la segunda es «*caritas*». La «*confessio*» no es algo abstracto, es «*caritas*», es amor. Sólo así es verdaderamente reflejo de la verdad divina, que como verdad es inseparablemente también amor. La liturgia describe, con palabras muy fuertes, este amor: es ardor, es llama, enciende a los demás. Hay una pasión en nosotros que debe crecer desde la fe, que debe transformarse en el fuego de la caridad. Jesús nos dijo: He venido a traer fuego a la tierra y cómo deseo que ya arda. Orígenes nos transmitió una palabra del Señor: «Quien está cerca de mí, está cerca del fuego». El cristiano no debe ser tibio. El Apocalipsis nos dice que este es el mayor peligro del cristiano: que no diga no, sino un sí muy tibio. Precisamente esta tibieza desacredita al cristianismo. La fe debe convertirse en llama del amor, llama que encienda realmente mi ser, se convierta en la gran pasión de mi ser, y así encienda al prójimo. Este es el modo de la evangelización. Sólo en este encender al otro a través de la llama de nuestra caridad, crece realmente la evangelización, la presencia del Evangelio, que ya no es sólo una palabra, sino realidad vivida.

San Lucas nos relata que en Pentecostés, en esta fundación de la Iglesia de Dios, el Espíritu Santo era fuego que transformó el mundo, pero fuego en forma de lengua, es decir fuego que sin embargo también es razonable, que es espíritu, que es también comprensión; fuego que está unido al pensamiento, a la «*mens*». Y precisamente este fuego inteligente, esta «*sobria ebrietas*», es característico del cristianismo. Sabemos que el fuego está en el inicio de la cultura humana; el fuego es luz, es calor, es fuerza de transformación. La cultura humana comienza en el momento en que el hombre tiene el poder de crear el fuego: con

el fuego puede destruir, pero con el fuego puede también transformar, renovar. El fuego de Dios es fuego transformador, fuego de pasión — ciertamente— que también destruye muchas cosas en nosotros, que lleva a Dios, pero sobre todo fuego que transforma, renueva y crea una novedad en el hombre, que en Dios se convierte en luz.

De este modo, al final sólo podemos pedir al Señor que la «*confessio*» esté en nosotros profundamente arraigada y que se convierta en fuego que encienda a los demás; así el fuego de su presencia, la novedad de su estar con nosotros, se hace realmente visible y fuerza del presente y del futuro.



La evangelización como respuesta a la cultura actual

III.

La evangelización como respuesta a la cultura actual

La evangelización está determinada por un contexto social y cultural. «Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a sus valores inspirados por ella, hoy no parece que sea así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas» (Benedicto XVI, *Porta fidei* 2).

El tejido cultural unitario desde el que es acogido el anuncio del Evangelio y la palabra de fe, inspirado en referencia a ella, se ha roto⁷. Una nueva cultura ha emergido al margen del evangelio. Este es el desafío más profundo de la llamada a *la evangelización*. El desafío actual de la evangelización (o *nueva evangelización*) ya no sitúa solo en el orden de la innovación en los métodos y en el lenguaje, sino en el de la creación de una cultura nueva. No estamos exclusivamente ante un problema de pedagogía o hermenéutica de la fe en un contexto cultural que exige renovarnos en nuestro lenguaje (modernidad), sino que nos encontramos ante un problema más radical que afecta a la gramática de la fe (posmodernidad). El problema fundamental está en la comprensión del ser humano y en el tejido social y cultural como presupuestos necesarios de la fe.

La fundamental tarea de la evangelización deberá, pues, asumir este escenario cultural de fondo que

⁷ Cf. A. Cordovilla Pérez, *Crisis de Dios, crisis de fe. Volver a lo esencial*, Sal Terrae, Santander 2012, 17ss.

domina la sociedad actual para discernirlo a la luz de la fe. Las transformaciones sociales, a las cuales hemos asistido en las últimas décadas, tienen causas complejas, tienen sus raíces lejos en el tiempo y han profundamente modificado la percepción de nuestro mundo. Como recuerda el Papa Benedicto XVI: «si, por un lado, la humanidad ha conocido beneficios innegables de esas transformaciones y la Iglesia ha recibido ulteriores estímulos para dar razón de su esperanza (cf. 1 Pe 3,15), por otro, se ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en familia, y la referencia a una ley moral natural. Aunque algunos hayan acogido todo ello como una liberación, muy pronto nos hemos dado cuenta del desierto interior que nace donde el hombre, al querer ser el único artífice de su naturaleza y de su destino, se ve privado de lo que constituye el fundamento de las cosas» (Benedicto XVI, Carta apostólica en forma motu proprio *Ubicumque et semper*, 21-9-2010).

Este nuevo escenario de la cultura actual es el que imprime la exigencia de «nueva» a la tarea evangelizadora de siempre. En el mundo de hoy se da una situación cultural en la que el cristianismo ha dejado de ser decisivo, en cuanto que ya no tiene capacidad para tejer la vida humana en un entramado unitario. Por ello, la «nueva» evangelización que constituye hoy la misión fundamental de la Iglesia, no se desarrolla ya sólo en sentido geográfico, y de colectivos espaciales, sino que busca favorecer una incidencia ambiental, cultural. La nueva evangelización partirá pues de esta capaci-

dad de leer y descifrar los nuevos escenarios, que en estas últimas décadas se han creado en la historia de los hombres, para convertirlo en lugares de anuncio del Evangelio y de la experiencia eclesial (*Instrumentum Laboris*, La nueva evangelización para la transmisión de la fe [2012], 51). Precisamente, este documento *Instrumentum Laboris*, de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, enumeró los siguientes escenarios culturales que afectan hoy a la misión evangelizadora de la Iglesia: el escenario cultural de fondo (el secularismo); el gran fenómeno migratorio; los medios de comunicación social; la economía; la investigación científico-técnica; y la política. El mundo es un gran escenario donde se representa el drama fundamental de la vida humana. De estos escenarios vamos a destacar algunas notas predominantes.

Un escenario cultural de fondo: el secularismo

La secularización es un fenómeno complejo. Originariamente, «secularización» significa transferencia de un objeto del uso sagrado al uso profano o de la propiedad eclesiástica a propiedad secular. A partir de ahí se desarrolló la comprensión de la secularización en sentido figurativo: secularización como transferencia o trasposición de intuiciones y experiencias espirituales a la comprensión profana. Así, por mencionar tan solo un ejemplo, de la idea originariamente judío-cristiana de la dignidad de todo ser humano, fundada en el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, nació la idea de dignidad personal de todo hombre, elemento básico de las constituciones modernas. La Iglesia se enfrenta ahora a un mundo en el que perviven, a menudo de incógnito y enajenadas por el siglo, ideas originariamente cristianas, que en

parte se vuelven contra ese su origen cristiano⁸.

Por ello, hay que valorar —en la línea como lo hizo el concilio Vaticano II— aquello que de positivo ha tomado el cristianismo de la confrontación con la secularización moderna. «El *saeculum*, en le cual conviven creyentes y no creyentes, presenta algo que los aúna: lo humano. Precisamente este elemento humano, que es el punto natural de inserción de la fe, puede ser también el lugar privilegiado de la evangelización. En la humanidad plena de Jesús de Nazaret habita la plenitud de la divinidad (cf. Col 2,9). Purificando lo humano a partir de la humanidad de Jesús de Nazaret, los cristianos pueden encontrarse con los hombres secularizados que, no obstante, continúan preguntándose sobre aquello que es humanamente serio y verdadero. La confrontación con estos buscadores de verdad ayuda a los cristianos a purificar y a madurar la propia fe» (*Instrumentum Laboris*, La nueva evangelización para la transmisión de la fe [2012], 54). Pero este significado positivo de la secularización para la propia fe de la Iglesia se puede convertir en dañino para la misma fe cuando el proceso de secularización quiebra su anclaje con la fe cristiana que lo germinó y lo nutrió. Una cultura secularizada de forma radical, en contestación hacia la fe cristiana que la alimentó, se convierte entonces en *secularismo*. La secularización puede degenerar en secularismo, con consecuencias negativas sobre todo por lo que respecta a la comprensión de la existencia personal. «En efecto, el secularismo significa separación de la religión cristiana; esta no tiene ni puede tener voz alguna cuando se habla de la vida privada, pública o social. La exis-

8 Cf. W. Kasper, «La nueva evangelización como respuesta a una nueva situación»: en Id., *El evangelio de Jesucristo*, Obra completa de Walter Kasper, volumen 5, Sal Terrae, Santander 2013, 274-275.

tencia personal, en suma, se construye prescindiendo del horizonte religioso, que es relegado a un simple ámbito privado sin incidencia alguna en la vida de las relaciones interpersonales, sociales y civiles. Además, dentro del horizonte privado la religión tiene un lugar estrictamente delimitado, pues solo interviene en parte y marginalmente en el juicio ético y en los comportamientos»⁹.

La secularización, que se encuentra radicada en modo particular en el mundo occidental, es fruto de episodios y de movimientos sociales y de pensamiento que han marcado profundamente la historia y la identidad de dicho mundo occidental. Esta secularización tiene una vieja historia en el mundo europeo. Sin embargo, a pesar de su antigüedad, no ha perdido fuerza ni vitalidad. El motivo es que la secularización se presenta hoy en nuestras culturas a través de la imagen positiva de liberación de tradiciones anteriores, de la posibilidad de imaginar la vida del mundo y de la humanidad sin referencia a la trascendencia. La secularización es un movimiento que exalta tanto la libertad del individuo que anula el poder de configuración de las tradiciones históricas. Esta libertad, exaltada de esta forma, pierde así toda trascendencia. La liberación más profunda que auspicia la secularización es sin duda alguna la que anula el poder de influencia de Dios en la vida ordinaria. El programa de la secularización se centra en una fórmula que se ha conservado como un tecnicismo: en vivir y construir el mundo *etsi Deus non daretur* (como si Dios no existiera, no se diera). Es un programa que se concentra en devolver al hombre toda su energía pura, devolver toda su humanidad, sin necesidad de otras fuerzas o influencias.

9 R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012, 33.

Además, en estos años, la secularización no tiene tanto la forma pública de discursos directos y fuertes contra Dios, la religión y el cristianismo, aún cuando en algún caso estos tonos anticristianos, antirreligiosos y anticlericales se han hecho escuchar también recientemente. La secularización ha asumido otro rostro menos beligerante. Ha asumido más bien un tono débil que ha permitido a esta forma cultural invadir la vida cotidiana de las personas y desarrollar una mentalidad en la cual Dios está, de hecho ausente, en todo o en parte, y su existencia misma depende de la conciencia humana.

Este tono modesto, y por este motivo más atractivo y seductor, ha permitido a la secularización entrar también en la vida de los cristianos y de las comunidades eclesiales, transformándose, no solamente en una amenaza externa para los creyentes, sino más bien en un terreno de confrontación cotidiana. Las características de un modo secularizado de entender la vida influyen en el comportamiento habitual de muchos cristianos. La «muerte de Dios» anunciada en las décadas pasadas por tantos intelectuales ha cedido paso a una estéril mentalidad hedonista y consumista, que promueve modos muy superficiales de afrontar la vida y las responsabilidades. El riesgo de perder también los elementos fundamentales de la fe es real. El influjo de este clima secularizado en la vida de todos los días hace cada vez más ardua la afirmación de la existencia de una verdad. Se asiste en la práctica a una eliminación de la cuestión de Dios de entre las preguntas fundamentales que hombre se hace. Las respuestas a la necesidad religiosa asumen formas de espiritualidad individualista o bien formas de neopaganismo, hasta llegar a la imposición de un clima general de relativismo.

El oscurecimiento de la cuestión de Dios

A la hora de analizar el daño que esta mentalidad secularista provoca frente al anuncio cristiano hoy, no hay mejor cuestión que seguir y abordar que la cuestión de Dios. No puede negarse que uno de los rasgos de la crisis actual está vinculado a la cuestión de Dios. Aquí es bueno recordar el discurso de san Juan Pablo II en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York: «Toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular del hombre, es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios» (*Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas*; nueva York, 5 octubre de 1995, 9-10). Dios es el corazón de toda cultura. ¿También de la nuestra actual?. Cuatro palabras explicitan el desplazamiento que la cultura actual ha ocasionado sobre la cuestión de Dios, unas veces dejándolo como aparcado y otras rechazándolo¹⁰. A saber: *silencio, ausencia, eclipse, muerte*.

Hay un *silencio* sobre Dios. Pronunciar la palabra «Dios» parece «contracultural», o incluso de mal gusto. En los medios de comunicación social se mete la tijera, quizá suponiendo que no interesa lo religioso como tal a los destinatarios.

Benedicto XVI afirmó en Erfurt, durante su viaje a Alemania, que la *ausencia* de Dios en nuestra sociedad se nota cada vez más. Seguramente ha tenido lugar un desplazamiento de Dios del funcionamiento del mundo por el conocimiento científico y técnico, que

¹⁰ Cf. R. Blázquez, *Del Vaticano II a la nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2013, 80s («EL desafío de un mundo secularizado al la evangelización»).

puede ser signo de adultez de la humanidad. Pero hay una ausencia de Dios porque ha sido excluido en una pretendida emancipación de hombre, que quiere ser creador de sí mismo. Esta actitud es traducción del pecado de Adán y Eva (cf. Gén 3,1ss), que inmediatamente se manifestó en huida y ocultamiento de Dios. También hoy el hombre experimenta vacío, sin sentido, desorientación. ¿No son estas manifestaciones signos de un despojo y de una ausencia que no puede llenar sin Dios? ¿No es esta situación paradójicamente una presencia de Dios en forma de ausencia? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo actúa?

La palabra «*eclipse*» es una metáfora muy apta que fue utilizada por Martin Buber, filósofo y teólogo judío en 1952. Eclipse significa la ocultación transitoria total o parcial de un astro por interposición de otro cuerpo celeste; si el eclipse es lunar, se produce por interposición entre la luna y el sol; si es solar, por interposición de la luna entre el sol y la tierra. Es una imagen adecuada y sugestiva. El sol luce, pero está oculto; Dios existe, pero no percibimos su existencia. Quizá nosotros hemos rehuido su iluminación.

Todavía otra palabra o expresión, sumamente atrevida: *muerte de Dios*, que anunció el filósofo F. Nietzsche. No significa sin más que Jesús el hijo de Dios, y por tanto, Dios mismo muriera crucificado. En Nietzsche podía significar o que en la sociedad, la cultura y el espíritu de su tiempo ha dejado de tener vigencia y poder de convicción; o que el hombre asumía la decisión de rechazarlo, de no tener Dios. El filósofo se da cuenta de lo que implica este hecho inmenso, y poéticamente deduce algunas dramáticas consecuencias. ¿Dónde está Dios? Os lo digo: «Vosotros lo habéis matado ¿Qué hemos hecho para separar a esta tierra de su sol? ¿Dónde vamos ahora? ¿No caemos sin ce-

sar hacia atrás, a los lados, hacia adelante, en todos los sentidos?. ¿No padecemos como un mareo cósmico y existencial? ¿Hay todavía un arriba o un abajo? ¿No erramos como a través de una nada sin fin? ¿No sentimos el aliento del vacío? ¿No hace más frío? ¿No es la noche cada vez más profunda? ¿No necesitamos encender nuestras linternas en pleno día?» (*La gaya ciencia*, 126 [en *Werke Band 2*]).

El hombre no puede dejarse de preguntar por Dios, ya que fue creado a su imagen y semejanza. Hay una querencia fundamental y una tendencia del corazón a descansar a Dios, a buscarle. Sin Dios estaríamos como descentrados, vagando sin sentido ni meta, huyendo hacia todas partes. Ante el formidable desafío que padece el reconocimiento de Dios en nuestro tiempo y en nuestro mundo, y con ello el peligro de oscurecerse el sentido de la vida humana y de perder el norte y el fundamento de la sociedad, la Iglesia necesita subrayar esta dimensión de la evangelización: *quaerere Deum*, buscar a Dios. Evangelizar es transmitir buenas noticias sobre Dios.

*La desorientación del hombre*¹¹

El secularismo propugnó la tesis de vivir en el mundo *etsi Deus non daretur*, «como si Dios no existiera». Sin embargo, al suprimir a Dios, el hombre contemporáneo no vive más feliz, sino que se ha perdido a sí mismo. El deseo de buscar el rostro de Dios, que desde siempre caracteriza el anhelo más profundo del corazón del hombre, se ha hecho cada día más flébil y el distanciamiento de Dios más vistoso. El único rostro que ha quedado reflejado es el propio. Dema-

11 Cf. R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012, 37ss.

siado poco para poderse definir adultos, autónomos e independientes. Reflejar el propio rostro puede haber satisfecho precisamente al narcisismo cada vez más dominante que caracteriza nuestros tiempos, pero al final se ha descubierto que en esos pocos centímetros cuadrados era la tristeza la que tenía primacía y que el drama de la vida volvía a plantearse con mayor intensidad. A solas, el hombre muere antes de tiempo. Perdida la relación con los demás, deja de ser *persona* y se queda solamente como individuo, como una mónada que no tiene posibilidad alguna de supervivencia, porque es incapaz de amor creativo, y la soledad tiene la primacía. El círculo se cierra así, tristemente, pero de un modo inequívoco.

En su camino de evangelización la Iglesia no puede dejar de asumir el reto que plantea esta nueva antropología actual, narcisista y nihilista, fruto del secularismo ambiental. Como diría el Papa san Juan Pablo II: «La Iglesia no puede abandonar al hombre, cuya “suerte”, es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están tan estrecha e indisolublemente unidas a Cristo.(...) El hombre es el camino principal y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis* 14). Salir hoy en día al encuentro del hombre supone recrear un nuevo humanismo capaz de superar el anti-humanismo, e incluso el trans-humanismo, que se propone desde el ámbito de las ciencias humanas y desde la mentalidad cientificista del progreso técnico y tecnológico. Se trata de la exigencia más comprometedor de la evangelización actual. Se trata de la exigencia de poner a punto un modelo de humanismo capaz de realizar la síntesis necesaria entre el fruto de la conquista de los siglos pasados y la sensibilidad más científica y tecnológica con la que interpretamos

nuestro presente. Esta es la máxima aportación que la fe cristiana puede hacer hoy a la cultura: restituir la dignidad perdida al hombre. Evangelizar hoy significa apostar por un *neohumanismo*, capaz de asumir los mejores logros de la modernidad, pero sin desterrar las raíces teocéntricas y cristianas que lo hicieron posible. Recrear este nuevo humanismo es una tarea que compete a todos, que implica un pacto «global» (Papa Francisco) y crear redes solidarias entre todos para custodiar los grandes valores que fomentan la civilización humana.

Una vez más la Iglesia evangeliza desde las lecciones anteriores de la historia. Si Dios es relegado a un rincón, al más oscuro y alejado de la vida, el hombre se pierde a sí mismo, porque ya no tiene sentido relacionarse consigo mismo y menos aún con los demás. Por tanto, es necesario volver a llevar a Dios al hombre de hoy. Si no se le quiere proponer un motivo de naturaleza religiosa, al menos debería hacerse para volver a dar oxígeno a un hombre agotado, confuso y cada vez más deprimido. Si el hombre contemporáneo quiere salir de la patología que menoscaba su vida y encontrar el puesto central, que le compete, debe buscar el rostro de Dios, impreso en el de su Hijo hecho hombre, Jesús de Nazaret, que ha revelado de forma definitiva sus rasgos fundamentales. Sobre el rostro de aquel hombre está impreso el rostro de Dios (cf. Col 1,15). No se encuentra en otra parte; para buscarlo es necesario fijar la mirada en él. En cierto modo, se regresa a Nazaret, a aquella sinagoga a la que fue un sábado, como era su costumbre, para leer las palabras de los profetas. En ella no solo dio voz a la palabra antigua, sino que proclamó su cumplimiento en su persona: «Los ojos de todos estaban fijos en él» (Lc 4,20). El evangelista expresa así gráficamente la verdad subyacente.

Probablemente, tendríamos que ser capaces de retomar la misma expresión si queremos llevar a cabo la *nueva* evangelización. Jesús se revela en la sinagoga como el evangelizador que trae la salvación; por eso es necesario tener la mirada fija en él.

IV

Las tareas de la evangelización

IV.

Las tareas de la evangelización

La Iglesia evangelizadora de hoy ha de recuperar la labor esencial de la Iglesia de los orígenes, la Iglesia de la primera hora: «Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2,42). Las tareas de la evangelización son las mismas de siempre: anuncio y proclamación, comunión, celebración y testimonio de caridad. Desde estas acciones se construye la comunidad cristiana y se propaga la luz del evangelio.

Como leemos en los Hechos de los Apóstoles, no se puede transmitir lo que no se cree y no se vive. No se puede transmitir el Evangelio sin tener como base una vida que sea modelada por el Evangelio, es decir, que en ese Evangelio encuentre su sentido, su verdad y su futuro. Como para los Apóstoles, también para nosotros hoy se trata de la comunión vivida con el Padre, en Jesucristo, gracias a su Espíritu que nos transfigura y nos hace capaces de irradiar la fe que vivimos y de suscitar la respuesta en aquellos que el Espíritu ha ya preparado con su visita y su acción (cf. Hch 16,14). Para proclamar en modo fecundo la Palabra del Evangelio, se requiere una profunda comunión entre los hijos de Dios, que es signo distintivo y al mismo tiempo anuncio, como nos lo recuerda el apóstol Juan: «Os doy un mandamiento nuevo; que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn13,34-35).

La evangelización, como acción fundamental de la Iglesia, lleva a las comunidades cristianas a articular en modo concreto las obras fundamentales de la vida de fe: caridad, testimonio, anuncio, celebración, escucha, participación compartida. Es necesario concebir la evangelización como un proceso a través del cual la Iglesia, movida por el Espíritu, anuncia y difunde el Evangelio en todo el mundo; impulsada por la caridad, impregna y transforma todo el orden temporal, asumiendo y renovando las culturas. Proclama explícitamente el Evangelio, llamando a la conversión. Mediante la catequesis y los sacramentos de iniciación, acompaña aquellos que se convierten a Jesucristo, o aquellos que retoman el camino de su seguimiento, incorporando los unos y reconduciendo los otros a la comunidad cristiana. Alimenta constantemente el don de la comunión en los fieles mediante la doctrina de la fe, los sacramentos y el ejercicio de la caridad. Suscita continuamente la misión, enviando todos los discípulos de Cristo a anunciar el Evangelio, con palabras y obras en todo el mundo.

La importancia de la liturgia

Una relación completamente peculiar vincula la nueva evangelización con la liturgia¹². Esta representa la acción principal mediante la cual la Iglesia manifiesta en el mundo que ella es mediación de la revelación de Jesucristo. Desde sus orígenes, la vida de la iglesia estado caracterizada por la acción litúrgica. Cuando la comunidad predicaba, anunciaba el evangelio de la salvación, lo hacía después presente vivo en la oración litúrgica, que se convertía el signo visible y eficaz de la

12 Cf. R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012, 66ss.

salvación. Esta ya no era solamente un anuncio hecho por hombres voluntariosos, sino acción que el Espíritu realizaba con la presencia del mismo Cristo en medio de la comunidad de los creyentes. Separar estos dos momentos equivaldría a no comprender qué es la Iglesia.

Esta esta relación la pone de manifiesto la constitución sobre la sagrada liturgia del concilio Vaticano II. «En efecto, la Liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia.[...] Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica». (Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 2 y 6).

La mejor tarea para evangelizar es, por tanto, crecer en la fe en una comunidad nutrida y transformada por la vida litúrgica y por la oración. La Iglesia transmite lo que ella misma vive. Existe una relación intrínseca entre fe y liturgia: «Lex orandi lex credendi». Por tanto, la nueva evangelización tendrá que ser capaz de hacer de la liturgia un espacio vital para que tenga significado pleno el anuncio que se realiza. Todos los esfuerzos pues encaminados a ayudar a las comunidades cristianas a vivir la naturaleza profunda de la liturgia ayudan a la evangelización. En las comunidades cristianas la liturgia y la vida de oración transforma un simple grupo

humano en una comunidad que celebra y transmite la fe trinitaria en Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo.

La vida cotidiana, en cuyo ámbito se desarrolla la pastoral, permite comprender aún más directamente la importancia de esta relación y su eficacia extraordinaria en un mundo cada vez más necesitado de signos que lo introduzcan en el misterio. Para tomar conciencia de ello es suficiente pensar no solo en la oportunidad pastoral, sino también en el valor significativo que poseen algunas celebraciones. Desde el bautismo hasta las exequias, todos advierten la gran potencialidad que poseen para comunicar un mensaje que de otro modo no se oiría. ¡Cuántos «indiferentes» religiosos participan en estas celebraciones y cuantas personas que a menudo buscan una espiritualidad auténtica están presentes en ellas! La palabra del sacerdote en estas circunstancias debería ser capaz de suscitar la pregunta por el sentido de la vida, precisamente a partir de la celebración del sacramento y de los signos que lo expresan. La celebración, en suma, no es un mero rito ajeno a la vida cotidiana del hombre, sino que se dirige a su pregunta por el sentido que espera una respuesta buscada con frecuencia en mano en otras partes. En la celebración de la liturgia, la predicación y los signos están llenos de significados que van más allá del sacerdote y su persona. Aquí, en efecto, el vínculo con la acción del Espíritu permite verificar que los corazones se transforman y se modelan con su gracia, la cual hace que estén dispuestos a coger el momento de la salvación.

La importancia de la catequesis

«Así, pues, la fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo» (Rom

10,17). «Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?, ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie? Y ¿cómo anunciarán si no los envían? Según está escrito: “¡Qué hermosos los pies de los anuncian la Buena Noticia del bien!”» (Rom 10,14-15). La fe nace del anuncio de la Palabra de la verdad. La evangelización, por ello, requiere anunciar y predicar, y esta acción está vinculada a la Palabra y, por tanto, a la verdad.

Uno de los problemas más graves de la actual coyuntura histórica es la profunda ignorancia de los contenidos fundamentales de la fe¹³. La observación se hace mucho más dramática cuando se observa el aprendizaje de la cultura científica, que no camina al mismo paso que el de la fe. Es más, está se relega, de alguna manera, a la experiencia de la los niños y de los adolescentes, creándose a así la convicción de que la catequesis les concierne solo a ellos, pero no tiene nada que ver con los adultos. La formación cristiana es una necesidad para crecer en la fe y nadie puede considerarse exento.

La catequesis constituye así un capítulo determinante en la vida de la Iglesia, porque tiende a la promoción de una conciencia cristiana cada vez más consciente de la función que debe desarrollar en la comunidad, en la sociedad. La catequesis, por tanto, es uno de estos momentos para esta maduración en la fe. En este contexto, por consiguiente, es tan urgente como la misma obra de la evangelización. Llamar a dar razón de la fe, la Iglesia no podrá habituarse nunca a tener solo una mínima parte de creyente capaces de hacerlo. Siguiendo una petición de los obispos reunidos en el sínodo

13 Cf. R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012, 92ss.

de 1985 para celebrar el vigésimo aniversario de la clausura del concilio Vaticano II, Juan Pablo II publicó el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En la Constitución apostólica *Dei depositum* escribía textualmente: «este catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial, promovida y llevada a la práctica por el concilio Vaticano II... Lo declaro como rey le regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido legítimo al servicio de la comunión eclesial» (FD 1 y 4). Como puede verse, el Catecismo de la Iglesia Católica es un instrumento importante porque recogen si todo el patrimonio de crecimiento en la comprensión de la fe de dos mil años.

La importancia del Catecismo de la Iglesia Católica se presenta como un instrumento necesario para la nueva evangelización, puesto que permite evidenciar la única la unidad que existe entre el acto con el que se cree y los contenidos de la fe. Una tendencia difundida en nuestros días, pero extremadamente peligrosa, se proponen justificar el hecho de ser cristianos independientemente del conocimiento de los contenidos. De hecho, el acto con el que se cree se justifica precisamente por el conocimiento del ministerio al que se da el propio sentimiento; en virtud de este conocimiento, global y unitario, creer es un acto libre de la persona y en un gesto manido de pertenencia a unas tradiciones.

Finalmente, el Catecismo de la Iglesia Católica puede ayudar a la nueva evangelización a superar una dificultad presente en diversas Iglesias que limitan la catequesis exclusivamente a los sacramentos, un planteamiento que hoy muestra sus límites. Si la catequesis se dirige a los sacramentos, parece evidente que terminado el itinerario para la recepción de los de la iniciación cristiana, sobre la formación posterior se cierne el riesgo de ir a la deriva. Es tiempo de retomar

con convicción un itinerario de formación permanente, dirigido a todos los creyentes, respetando las diversas etapas y metodologías, pero cuyo objetivo es la comprensión del misterio cristiano con vistas a una existencia coherente con cuanto se cree, una perspectiva que encuentra una vez más el instrumento válido en el Catecismo. Su estructura, en efecto, pone en evidencia como la vida cristiana debe desarrollarse desde la profesión de fe (primera parte) a la celebración litúrgica (segunda parte), desde la vida moral (tercera parte) a la oración (cuarta parte). Un progreso constante que muestra tanto la unidad del misterio de la fe como la exigencia de una existencia cristiana en conformidad con el.

La importancia de la homilía

En la primera exhortación apostólica de su pontificado titulada *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco resaltó que «la homilía no puede ser un espectáculo entretenido, no responde a la lógica de los recursos mediáticos, pero debe darle el fervor y el sentido a la celebración». Por la importancia del tema, el Santo Padre dedica una sección de este documento a explicar cómo debe ser la homilía: «es un género peculiar, ya que se trata de una predicación dentro del marco de una celebración litúrgica; por consiguiente, debe ser breve y evitar parecerse a una charla o una clase».

En el numeral 138, el Papa afirma que «el predicador puede ser capaz de mantener el interés de la gente durante una hora, pero así su palabra se vuelve más importante que la celebración de la fe. Si la homilía se prolongara demasiado, afectaría dos características de la celebración litúrgica: la armonía entre sus partes y el ritmo». «Cuando la predicación se realiza dentro del

contexto de la liturgia, se incorpora como parte de la ofrenda que se entrega al Padre y como mediación de la gracia que Cristo derrama en la celebración. Este mismo contexto exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida. Esto reclama que la palabra del predicador no ocupe un lugar excesivo, de manera que el Señor brille más que el ministro».

El Papa Francisco asegura además que «la homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento».

Tras poner como ejemplo de la predicación a San Pablo, el Papa señala que «la proclamación litúrgica de la Palabra de Dios, sobre todo en el contexto de la asamblea eucarística, no es tanto un momento de meditación y de catequesis, sino que es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza». «Hay una valoración especial de la homilía que proviene de su contexto eucarístico, que supera a toda catequesis por ser el momento más alto del diálogo entre Dios y su pueblo, antes de la comunión sacramental. La homilía es un retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo».

El que predica, prosigue, «debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que era amoroso, fue sofocado o no pudo dar

fruto». El Papa alerta luego que «la predicación puramente moralista o adoctrinadora, y también la que se convierte en una clase de exégesis, reducen esta comunicación entre corazones que se da en la homilía y que tiene que tener un carácter cuasi sacramental: ‘La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo’». «En la homilía, la verdad va de la mano de la belleza y del bien. No se trata de verdades abstractas o de fríos silogismos, porque se comunica también la belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien. La memoria del pueblo fiel, como la de María, debe quedar rebozante de las maravillas de Dios. Su corazón, esperanzado en la práctica alegre y posible del amor que se le comunicó, siente que toda palabra en la Escritura es primero don antes que exigencia». Para el Santo Padre, «hablar de corazón implica tenerlo no sólo ardiente, sino iluminado por la integridad de la Revelación y por el camino que esa Palabra ha recorrido en el corazón de la Iglesia y de nuestro pueblo fiel a lo largo de su historia».

La identidad cristiana, precisa, «que es ese abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, nos hace anhelar, como hijos pródigos –y predilectos en María–, el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria. Hacer que nuestro pueblo se sienta como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio».

La importancia de la caridad

Un ámbito peculiar de la nueva evangelización es, sin duda alguna, el de la caridad¹⁴. Adentrarse en este

14 Cf. R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012, 68ss.

horizonte equivale a poner de relieve los múltiples signos concretos que la iglesia, incansablemente, sigue presentando al mundo. Obedientes a la acción del Espíritu Santo, hombres y mujeres a lo largo de dos mil años han identificado diferentes lugares con el propósito de hacer visible y actual la palabra del Señor. «A los pobres siempre los tenéis con vosotros» (Jn12,8). La forma verbal en presente, «tenéis», hace comprender perfectamente cómo la historia de la Iglesia no puede prescindir nunca de una atención muy especial al testimonio de la caridad, en el que se juega, de hecho, su credibilidad es lo que constituye el núcleo mismo de su anuncio: el amor.

La caridad se vive. En la circularidad que existe entre la fe y el amor es posible verificar la auténtica relación que vincula con el Señor. En la fe, en efecto, se comprende cómo ama a Dios; en la caridad se hace evidente como los cristianos son fieles a su palabra. Por otra parte, no puede olvidarse que la manera en que nos situamos ante los hermanos es también la manera en que nos situamos ante Dios, y viceversa. No es posible que el creyente tenga una mirada estrábica. Si los ojos están fijos en Jesucristo, también deben estarlo en cuantos tienen hambre y sed, son extranjeros, están desnudos, enfermos o encarcelados, porque en ellos se hacen visible él. La frase «cuánto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hicisteis» (Mt 25,40) expresa la identificación de Cristo con los más marginados y solos a quienes se dirige el amor cristiano. Con palabras aún más categóricas lo recordaba el apóstol Santiago en los albores del cristianismo: «Hermanos míos, no mezcléis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con la acepción de personas. Suponed que en vuestra asamblea entra un hombre con sortija de oro y traje lujoso, y entra también un po-

bre con traje mugriento; si vosotros atendéis al que lleva el traje de lujo y le decís: “Tú siéntate aquí cómodamente”, y al pobre le decís: “Tú quédate ahí de pie” o “siéntate en el suelo, a mis pies”, ¿no estáis haciendo discriminaciones entre vosotros y convirtiéndoos en jueces de criterios inicuos? Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis ultrajado al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen e incluso os arrastran a los tribunales?... ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro» (Sant 2,1-6.14-17).

En un tiempo como el nuestro, a menudo caracterizado por el encerramiento del individuo en sí mismo, sin posibilidad alguna de relación, la llamada la responsabilidad compromete un testimonio que sabe hacerse cargo del hermano que tiene más necesidad de ayuda. El enfermo crónico, el moribundo, el marginado, el discapacitado y todas las personas que expresan a los ojos del mundo la falta de futuro y de esperanza, encuentra en el compromiso de los cristianos. Mirar el rostro de Cristo reflejado en el del necesitado y mitigar su sufrimiento y pobreza, es un acto de caridad que brillan de la presencia de Dios, sobre todo cuando se realiza la lógica de la ocultación y del silencio. Como dice el apóstol Pedro, «la caridad perdona una multitud de pecados» (1 Pe 4,8).

V

Los agentes de la evangelización

V.

Los agentes de la evangelización

La *nueva* evangelización exige *nuevos* evangelizadores¹⁵. Evangelizadores «con Espíritu» (Papa Francisco). En la carta a los Romanos dice Pablo: «¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?, ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie? Y ¿cómo anunciarán si no los envían? Según está escrito: “¡Qué hermosos los pies de los anuncian la Buena Noticia del bien!”» (Rom 10,14-15).

Como puede observarse el fundamento de la misión lo coloca Pablo en la llamada, que se extiende desde la invocación hasta la misión. Por consiguiente, ser evangelizadores es una vocación para que todos puedan escuchar el evangelio de Jesús. Esta vocación nace el mismo día del bautismo y llama a todo creyente hacerse portador creíble de la buena noticia de Jesús. Así pues, ser enviados es algo intrínseco a la vocación bautismal, que implica para todo cristiano la asunción de la responsabilidad en primera persona, sin posibilidad de delegarla. El anuncio del Evangelio, en efecto, exige que el creyente tome conciencia de que tiene que hacerse portador de Cristo dondequiera que vaya. El testimonio de San Cirilo, obispo de Jerusalén, orienta en esta dirección: «al haber recibido en nosotros su cuerpo y su sangre, nos transformamos en portadores de Cristo». Por lo tanto, el cristiano es *Cristóforo* por su naturaleza, y solo así llega a entender el significado del que están cargadas las palabras del Señor:

15 Cf. R. Fisichella, *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012, 68ss.

«Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo suave en mi carga ligera» (Mt 11,29-30). El yugo al que se refiere Jesús no es sino la invitación a hacerse discípulos suyos y a compartir su misma vida, es decir a tomar parte en su misión salvífico.

Un solo presbiterio

No puede olvidarse que existen ministerios diferentes dentro de la Iglesia, aunque se fundamentan en la misión común de anuncio y testimonio, son vividos y ejercidos de forma diferente según la vocación específica de cada uno.

El primer evangelizador es, ciertamente, el *obispo*. En cuanto sucesor de los apóstoles se le confiere el mandato de ser en el mundo el icono viviente de un anuncio valiente y fuerte, no puede permanecer en silencio; su experiencia del Resucitado lo obliga al testimonio: como el apóstol Pedro también deben de decir «nosotros no podemos callar» (Hc 4,20). Ninguno obispo puede olvidar que en el momento de su consagración prometió y declaró ante toda la Iglesia «predicar, con fidelidad y perseverancia, el evangelio de Cristo... custodiar puro íntegro el depósito de la fe, según la tradición conservada siempre y en todas partes en la iglesia desde los tiempos de los apóstoles».

La misión de evangelizar, propia del obispo, participado y compartido por los sacerdotes que, junto con él, forma el *presbiterio*, es decir, un solo cuerpo sacerdotal puesto al servicio del pueblo de Dios para anunciar y mantener siempre viva su palabra conjuntamente con la celebración de la acción litúrgica. El sacerdocio no es una conquista humana un derecho

individual, como piensan muchos actualmente, si no es un *don* que Dios da a cuantos ha decidido «llamar», para «estar con él», en el «servicio de su Iglesia». Perder de vista esta dimensión vocacional equivaldría a confundir todo y hacer del sacerdote un funcionario y un hombre que desarrolla un ministerio en el signo de la gratuidad plena. Compartir esta visión permite relacionar a los sacerdotes, fundamentalmente, con la realidad que da sentido a su condición: la eucaristía.

La eucaristía es un don inextinguible que Cristo ha hecho a la Iglesia y a cada sacerdote personalmente. Por eso, el presbítero le debe respeto y devoción, sin pretender nunca dominar como dueño el misterio del que, en cambio, se es siervo. En su ministerio, el sacerdote no debe colocar en primer plano su persona con sus opiniones, sino a Jesucristo. Si en la acción litúrgica, elemento peculiar del ministerio, el sacerdote se convirtiera en el protagonista, contradiría su misma identidad y vaciaría de sentido el ministerio mismo. El sacerdote es «siervo» y su obra es eficaz en la medida en que remite a Cristo y es percibido como dócil instrumento en sus manos para colaborar con él en la salvación. Además, vivir el misterio eucarístico lleva a aceptar el desafío de la comunión que los sacerdotes están llamados a vivir como hermanos que forman una sola comunidad. Formar un solo presbiterio en torno al obispo equivaldría también a vivir de un amor verdadero y real que, a ejemplo del Maestro, se realiza en una donación pleno y total de sí mismo a todos, sin pedir nada a cambio.

Las personas consagradas

Un servicio fundamental en la nueva evangelización es desempeñado por las personas consagradas. Ante

todo, están llamadas por su vocación a vivir un estilo de vida que remite, en primer lugar, a la santidad, a la que está encaminada toda la Iglesia. Este estilo se expresa visiblemente en los consejos evangélicos vividos en comunidad; en efecto, con ello se quiere manifestar la novedad y radicalidad del seguimiento del Señor. Mientras que, por una parte, la pobreza, la castidad y la obediencia expresan plenamente el acto de la opción libre de la consagración, por otra, manifiestan claramente el camino del Evangelio como la forma de vida que merece ser seguida y vivida. Esta consagración se convierte en un instrumento de la nueva evangelización.

No se puede olvidar que a lo largo de la historia muchas órdenes religiosas surgieron precisamente con el objetivo de evangelizar. Para muchas personas consagradas, el camino de la misión ha sido la vocación que han seguido y ha producido grandes frutos en la vida de la Iglesia. Millones de hombres y de mujeres, jóvenes y menos jóvenes, dejaron sus familias y sus países para convertirse en misioneros de pueblos que no conocían aún el nombre de Jesús. En esta misma línea, ante las urgencias del momento, muchos se han convertido en «nuevos evangelizadores», haciendo de las misiones al pueblo el instrumento para una vida de ser renovada.

Los laicos

Un papel totalmente peculiar es desarrollado por los laicos. Recogemos bajo este término toda la compleja y diferenciada realidad eclesial de los bautizados que está llamada a vivir la experiencia de fe en las parroquias, en las asociaciones, en los movimientos y en aquella galaxia increíble suscitada por la acción del

espíritu que constantemente actúa para la misión de la Iglesia de Cristo y que no se deja limitar por nada. Tras la clara enseñanza del concilio Vaticano II sobre los laicos, los obispos volvieron de nuevo sobre el asunto para descubrir su vocación y la misión que se les confía en la vida de la Iglesia. El documento *Christifideles laici* (1988) constituye un verdadero patrimonio de teología y espiritualidad para comprender el papel insustituible que los hombres y mujeres laicos poseen en este momento particular de la historia.

La constitución conciliar sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, posee una clave interpretativa totalmente original y determinante para comprender la portación del laicado en la nueva evangelización. Leemos en este sentido: «Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que puede llegar a ser sal de la tierra solo a través de ellos» (LG 33). Precisamente el inciso «solo a través de ellos» debería suscitar seriamente nuestra reflexión sobre la portación peculiar que los laicos están llamados a realizar. Dicho con otras palabras, es obvio que hay ambientes y contextos a los que no podrá llegar nadie salvo los laicos y las laicas que, con su vida profesional, pueden dar testimonio de la fe en ellos. Su presencia en estos ambientes es insustituible, y solo ellos pueden llevar aquella primera forma de humanización que, a menudo, es el prelude necesario para hablar de Jesucristo.

El documento sinodal parece ofrecer una explicación al respecto. Al presentar el tema de la nueva evangelización en relación con la acción de los laicos dice lo siguiente: «Los fieles laicos, debido a su participación en el oficio profético de Cristo, están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, le corresponde testificar como la fe cristiana, más o me-

nos conscientemente percibida invocada por todos, constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el evangelio y la vida recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el evangelio encuentre inspiración y fuerza para realizarse en plenitud» (CL 34).

Dicho de otro modo, el camino de la nueva evangelización debe dar la oportunidad al mundo laical en todas sus articulaciones y en la complejidad de sus actividades, para que los lugares a los que solo los laicos pueden llegar sean provocados por su presencia positiva. Es obvio que la acción desarrollada será tanto más eficaz cuanto más lleven consigo la comunidad de pertenencia que los anima a la misión, los sostiene en las dificultades y se mantiene como lugar de referencia donde poder contar las maravillas que el Señor realiza mediante su apostolado.

PARA DIALOGAR Y PROFUNDIZAR... **guía para la lectura personal** **y/o trabajo en grupo**

I. Evangelizar: Misión e identidad de la Iglesia

1. Teniendo en cuenta la vocación misionera de la Iglesia y su relación con la evangelización: ¿cómo la evangelización construye la Iglesia?
2. ¿a qué responde la llamada de la nueva evangelización según la enseñanza pastoral de los Papas recientes? ¿Quiénes son sus destinatarios preferentes?

II. El «Evangelio» como mensaje de Jesús

3. ¿Qué significa en la Biblia «evangelio»? ¿Hay continuidad entre el evangelio de Jesús y el evangelio «sobre Jesús» que predicaban los apóstoles?
4. Según la meditación bíblico-litúrgica de Benedicto XVI: ¿Cómo podemos ofrecer hoy el Evangelio de Jesucristo a los hombres?

III. La evangelización como respuesta a la cultura actual

5. ¿Cuáles son los rasgos más destacados de la cultura actual? ¿Por qué la evangelización alcanza a la cultura?
6. ¿Cómo afecta el oscurecimiento de Dios a la desorientación actual del hombre?

IV. Las tareas de la evangelización

7. ¿Qué tareas eclesiales exige hoy la evangelización? ¿Cómo llevarlas a cabo en las parroquias?
8. ¿cómo contribuye la oración, el anuncio y el testimonio en la evangelización?

V. Los agentes de la evangelización

9. ¿Me siento llamado a evangelizar? ¿Qué puedo hacer en mi entorno para evangelizar?
10. ¿Cómo puedo colaborar en la parroquia, en mi movimiento y en la diócesis para evangelizar?

Notas



**Diócesis
Orihuela-Alicante**